

En el espejo de la lengua ídish

Selección de textos argentinos

Eliahu Toker y Ana E. Weinstein



MINISTERIO DE CULTURA

Jefe de Gobierno
Lic. Jorge Telerman

Ministra de Cultura
Arq. Silvia Fajre

Subsecretaria de Patrimonio Cultural
Arq. María de las Nieves Arias Incollá

Subsecretario de Gestión Cultural
Roberto Francisco Di Lorenzo

Comisión para la Preservación del Patrimonio
Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires
Lic. Leticia Maronese

En el espejo de la lengua ídich

Selección de textos argentinos



Comisión para la
PRESERVACIÓN
DEL PATRIMONIO
HISTÓRICO
CULTURAL
de la Ciudad
de Buenos Aires

Diseño Gráfico: Débora Kapustiansky, Panoptique
Imagen de tapa: "Alef" Obra del escultor Sim Schwartz, Buenos Aires c. 1950

Impreso en Argentina

En el espejo de la lengua Idish : selección de textos argentinos - 1a ed. -
Buenos Aires: Ministerio de Cultura - Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos
Aires, 2006.
144 p. ; 23x16 cm.

ISBN 987-22276-5-9

1. Patrimonio Cultural-Preservación.
CDD 363.69

Fecha de catalogación: 02/10/2006

© Copyright 2006 by Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la
Ciudad de Buenos Aires

Todos los derechos reservados

ISBN N° 10: 987-22276-5-9

13: 978-987-22276-5-4

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Este libro no puede reproducirse, total o parcialmente, por ningún método gráfico, electrónico, mecánico u oralmente, incluyendo los sistemas fotocopia, registro magnetofónico o de alimentación de datos, sin expreso consentimiento del autor.



Comisión para la Preservación del Patrimonio
Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires

Secretaria General
Lic. Leticia Maronese

Secretaria de Investigaciones Históricas
Lic. Liliana Barela

Secretaria de Investigaciones Museológicas
Lic. Ana María Cousillas

Secretario de Preservación y Conservación
Arq. José María Peña

Secretario de Relaciones Institucionales
Prof. Cesar Fioravanti

Funcionaria Coordinadora
Lic. María Rosa Jurado

Vocales
Arq. Néstor Zakim
Prof. Julián Kopecek
Lic. Liliana Mazettelle
Lic. Lidia Mirta Dos Reis
Arq. Jorge Mallo
Cons. Alberto Orsetti
Mus. María Teresa Dondo

Índice

Prólogo de Jorge Telerman, Jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires	9
Aporte a la integración. Por la Arq. Silvia Fajre, Ministra de Cultura GCBA	13
Introducción	15
Guiser, Moische Dovid. <i>¡Capitán, capitán!</i>	25
Cociovich, Noé. <i>Génesis de Moisés Ville</i>	26
Alpersohn, Marcos. <i>El gaucho Barrabueno</i>	35
Alpersohn, Marcos. <i>¡La langosta!</i>	43
Alpersohn, Marcos. <i>La melodía celestial</i>	46
Moshkovich, Abraham. <i>Colonos judíos</i>	49
Bendersky, Boruj. <i>Un incendio en la colonia</i>	51
Katz, Jevil. <i>Mi turné por la provincia</i>	59
Katz, Jevil. <i>Basavilbaso</i>	61
Nomberg, H. D. <i>En la pampa</i>	63
Pinchevsky, Moische. <i>Hogar</i>	68
Aijenrand, Leizer. <i>La balada de Humahuaca</i>	69
Rollansky, Samuel. <i>Martín Fierro, exiliado en su propia patria</i>	71

Nomberg, H. D. <i>Añoran en Buenos Aires</i>	76
Goldzac, Jaime. <i>América...</i>	82
Shpritzer, Avigdor. <i>Un domicilio</i>	89
Milleritsky, Naum. <i>A orillas del Maldonado</i>	94
Freilaj, Sh. <i>Postergaron el terremoto</i>	98
Haguer, Boruj. <i>A. L. Schussheim</i>	105
Faierman, Aarón. <i>Un visitante nocturno</i>	108
Goldzac, Jaime. <i>El llanto de su padre</i>	113
Gold, Mary. <i>Pañuelos blancos</i>	123
Datos biográficos de los autores incluidos	125
Notas y glosario	133
Bibliografía	137
Acerca de los autores de esta obra	139

Prólogo

Por Jorge Telerman

Jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Hasta hace no tantos años, en una Buenos Aires algo más joven que la actual, solía repetirse -con un gesto de simpatía y de ternura- que nuestra ciudad constituía la mayor urbe gallega del mundo.

Sin ánimo -ni necesidad alguna- de contradecir aquella frase, nunca nos cansamos de repetir que Buenos Aires tiene una cualidad multicultural fascinante que incluye y va más allá de la innegable y bienvenida coloratura que nos dejó la inmigración de italianos y gallegos. Parte de ese auténtico tesoro cultural que hace a la esencia de nuestra diversidad es la marca judía que tiene Buenos Aires, una marca que seguramente sólo Nueva York replica, con semejanzas fantásticas en cuanto a la evolución y la presencia de las colectividades judías en la vida cultural y pública de ambas ciudades.

Este hermoso libro que hoy estamos editando, complementario de un trabajo anterior sobre el patrimonio cultural gitano, cumple con creces la necesaria y atractiva tarea de poner a la luz ese tesoro no del todo secreto ligado a la inmigración judía y más particularmente a la lengua y la literatura ídich. Digo que el tesoro no es tan secreto porque en pocas ciudades del mundo

-si es que en alguna- las personas no judías incorporaron al habla popular y cotidiana el imaginario implícito en expresiones tales como *ídishe mame*, o utilizan términos tan políticamente incorrectos como *tujes*, o saben disfrutar o decodificar como aquí las películas de Woody Allen. Si estos datos pueden parecer superficiales o meramente folklóricos, habrá que recurrir entonces a la idea de que existe en Buenos Aires un reconocimiento abierto acerca de la presencia de la colectividad judía (a su vez absolutamente diversa en su interior) en el campo de nuestra cultura -desde el tango al cine, del teatro a la radio, la TV, el mundo editorial-, el periodismo, el psicoanálisis, las ciencias, la vida política.

Mucho antes de que pudiera producirse y hacerse visible esta presencia de la colectividad judía en nuestra ciudad hubo una época a la vez muy dura, hermosa y entrañable que fue la de la llegada y el asentamiento de los judíos en nuestra ciudad y en el ámbito rural -las célebres colonias de Santa Fe y Entre Ríos-, la época en que esos judíos se venían con su pobreza a cuestas, su escasísimo bagaje material, sus viejos libros y fotografías, su calentador Primus, su lengua natal que solía ser más de una... y su ídish. Este libro atestigua bellamente sobre esos largos años de instalación y los posteriores y saca a relucir un tipo de literatura única y maravillosa. Una literatura con mucho de artesanal y espontánea, literatura con ecos de vida rural o urbana, una literatura popular y humilde marcada por un tipo de añoranza anclada en muchos destierros, en destierros todavía anteriores a la vida de los judíos que vivían en sus pequeñas aldeas rusas o polacas.

Se me ocurre que mi generación es la última que presencié una vieja y larga discusión -dificilísima de saldar- que desde siempre atravesó a la colectividad judía. Una discusión que no es patrimonio exclusivo de la inmigración judía pero que en ella adquiere características absolutamente singulares. En términos muy simples, estaban aquellos que, en muchos casos movidos por ideales socialistas o universalistas, apostaban a la integración plena con el país de adopción sin mirar tanto hacia atrás y aquellos que, comprensiblemente, temían que a través de la desaparición del ídish desapareciera también una parte central y constitutiva de lo judío, sino el

alma misma por lo menos del tipo de judaísmo proveniente de la Europa oriental.

Es curioso -y a la vez es un hermoso avance- que este libro, impulsado desde las políticas de un Estado preocupado por preservar el extensísimo patrimonio cultural de la ciudad, permita de alguna manera actualizar, recrear, acaso zanjar esa discusión seguramente irresoluble sobre la necesidad de construir lo nuevo sin perder lo mejor de lo viejo e impulsándose en venerables, nobles y buenos valores.

Mucho más allá de la especificidad de esta edición, creo que debería ser motivo de orgullo para todos los habitantes de la ciudad el hecho de que podamos ser cada vez más concientes de las herencias culturales de las que venimos y que esos mismos habitantes sepan que cuentan con un Estado que no sólo respeta y protege ese patrimonio cultural, sino que además lo rescata, lo potencia y lo pone a la luz.

Creo también que merece destacarse cuánto hemos avanzado culturalmente y en nuestros modos de convivir, especialmente si comparamos lo que estamos haciendo hoy con los fanáticos tiempos culturales de la dictadura, con aquellas políticas que pretendían negar, demonizar y hacer desaparecer toda diferencia en función de esencialismos sombríos.

No es seguramente el disparador principal de proyectos como este, pero el hecho de poner en evidencia y de potenciar el atractivo, el carácter sencillamente *interesante* de Buenos Aires, lo rico y complejo de su identidad, hace también a una política cultural que desde hace unos cuantos años se propone posicionar a nuestra ciudad como un polo cultural enormemente seductor para nuestro país y para el mundo. Este libro es apenas una pieza más de ese inmenso esfuerzo que, en este caso desde las políticas culturales, estamos haciendo entre todos para convivir cada vez mejor, cada vez más solidariamente, y para hacerlo en una ciudad a la que queramos cada día más y de la que podamos sentirnos vecinos orgullosos.

Aporte a la integración

**Por la Arq. Silvia Fajre,
Ministra de Cultura GCBA**

Nuestra ciudad, que es plural y cosmopolita, ha crecido enriqueciéndose con el aporte de la inmigración. Cada habitante de Buenos Aires construyó su propia identidad a conciencia de la diversidad de la cual forma parte, valorando la mirada y la voz del otro, que es tan relevante como la propia en el desarrollo de una cultura ciudadana. A partir de esa premisa, proponemos emprender un recorrido por la Buenos Aires ídich, una entre tantas ciudades posibles y superpuestas que nos ofrece la riqueza de una cultura expresada por sus hombres de letras pero también a través de la memoria oral de nuestros abuelos inmigrantes y la ritualidad de una comunidad que entiende a la memoria como el punto de apoyo necesario para afirmarse en sus raíces y, sólo desde allí, proyectar un futuro. La perspectiva no es nostálgica o conmemorativa, sino que pretende iluminar las resonancias de la cultura y literatura ídich en la actualidad, focalizando en el libre juego que se establece con otras culturas y analizando el aporte sustancial de intelectuales, poetas, psicoanalistas, músicos, actores y cineastas que logran representar y simbolizar lo propio y lo comunitario pero en una dimensión amplia, abierta, interrelacionada que ilumina múltiples aspectos de la cultura porteña. Pretendemos que la difusión de nuevos materiales literarios de la

cultura ídich sea un estímulo más para vivir en una sociedad democrática, pluralista, que ponga énfasis en el respeto y el valor de la diferencia y, por sobre todas las cosas, se manifieste a favor de una ciudad integradora e inclusiva.

Introducción

Fue en ídish que ellos oyeron hablar por primera vez de un lejano país llamado Argentina, y fue en ídish que fantasearon y soñaron con esta tierra de libertad. Y fue en ídish que rieron y lloraron en el barco durante la larga travesía que los trajo hasta estas playas.

Integraban el primer grupo organizado de inmigrantes judíos, unas 120 familias venidas de Rusia, cuya llegada al puerto de Buenos Aires en el vapor Wesser, el 14 de agosto de 1889, es comúnmente mencionada como aquella que marca el verdadero comienzo de la vida judía en la Argentina. Y el ídish llegó al país en las bocas de este conjunto de inmigrantes, que casi en su totalidad se instaló en las colonias agrícolas judías del interior argentino. A partir de entonces arribaron a estas tierras sucesivos contingentes de inmigrantes judíos, muchos de los cuales se integraron a la experiencia colonizadora, optando muchos otros por radicarse en Buenos Aires o en otros centros urbanos.

Todos ellos manifestaron desde un primer momento una conmovedora vitalidad, que con los años dio nacimiento a una vasta institucionalidad educativa, asistencial y cultural, acompañada de una sólida red periodística en ídish, que expresando los más diver-

sos matices ideológicos, cubrió con su presencia largas décadas de la vida judía argentina.

La singular experiencia que les tocaba vivir a los inmigrantes judíos, tanto en las colonias agrícolas como en la ciudad, encontró expresión literaria en ídish en forma de cuentos y poemas, que fueron publicándose primero en las columnas de aquellos periódicos, para ir cobrando luego, en muchos casos, forma de libro.

La “calle judía”, destinataria de esta literatura, desbordaba los tradicionales barrios judíos de la capital argentina y recorría ciudades del interior pero es en Buenos Aires donde encontramos los más significativos escritores urbanos de lengua ídish, aquellos que dieron cuenta de la cambiante, pujante y compleja experiencia que estaban viviendo esos inmigrantes.

Aventuras y desventuras de la lengua ídish

Cuando en 1936 tuvo lugar en Buenos Aires el Congreso Internacional de los PEN clubs, lado a lado con las delegaciones de Argentina, México, Francia, España, Bélgica o Japón, participaba un representante del “país ídish”, el poeta H. Leivik. Hoy, a setenta años de aquel congreso y a casi sesenta del establecimiento del Estado de Israel, --el Estado de los judíos, cuyo idioma oficial es el hebreo-- la lengua ídish sigue siendo un país cultural sin territorio, un país que comenzó a despoblarse dramáticamente a partir del Holocausto nazi que en los años ‘40 aniquiló la principal judería ídish-parlante, la de Europa Oriental.

Sin embargo nunca contó el ídish con un reconocimiento académico como el que tiene hoy en gran parte del mundo. De las humildes y populosas callejuelas de los ghettos y villorrios que lo empaparon de ternura y espiritualidad; de los hogares y ferias que le dieron sabor y olor; de los conventillos y bajos fondos que lo cargaron de picardía, el idioma ídish saltó a la cátedra de más

de medio centenar de universidades, fue declarado por la UNESCO parte del patrimonio de la humanidad e incluso recibió en 1978 el reconocimiento de un Premio Nobel de Literatura en la persona del narrador Isaac Bashevis Singer.

Se diría que el ídish, este país de la palabra, sin territorio, sin ejército ni policía, sin gobierno ni legitimación política, sigue siendo una lengua irreductiblemente extraña, la extranjera por antonomasia. Y esa extranjería envuelve al ídish de prejuicios e ignorancias. Están los que lo confunden con el hebreo y los que lo creen un alemán congelado o un alemán venido a menos.

La aventura de este idioma, particularmente dramática y creativa, comienza hace un milenio con el asentamiento en las márgenes del río Rhin, en la región de Alsacia-Lorena, de unas comunidades judías venidas del norte de lo que hoy es Italia, y del sur y centro de la actual Francia. Esos grupos humanos poseían lógicamente un léxico formado por las expresiones hebreas y arameas de las plegarias cotidianas, de la Biblia y el Talmud, y de una vida pautada por las normas religiosas judías. Pero en las regiones de las que venían habían integrado a ese léxico cierto número de vocablos de un itálico y un franco primitivos. Algunas de esas palabras románicas, rodando de boca en boca durante casi un millar de años, llegaron hasta nuestros días como reliquias de aquella primerísima época del ídish.

Ya en su nuevo asentamiento, en Alsacia-Lorena, entre el Rhin y el Mosela, esta comunidad judía entró en contacto con una de las variantes de la primitiva lengua germana, el medio-alto alemán, del sur y centro de Alemania. A partir de allí, en un proceso que se extendió a lo largo de varios siglos, estos tres componentes --el hebreo-araméo, el románico y el germánico-- fueron combinándose creativamente en boca de aquellos judíos, hasta dar vida a un nuevo idioma, escrito con caracteres hebraicos, el ídish antiguo. Era un ídish europeo-occidental, alsaciano, hablado aún por alguna gente.

Vale la pena acotar que el inglés se conformó por la misma época que el ídish a partir del vecino medio-bajo alemán, de ahí el estrecho parentesco entre tantos vocablos del ídish y del inglés.

Cuando las Cruzadas y demás movimientos agresivos empujaron a gran parte de los judíos de Alsacia-Lorena hacia el este, hacia Europa Oriental, los hablantes de aquel ídish primitivo entraron en contacto con las lenguas eslavas cuyo riquísimo folclor, convertido al judaísmo e incorporado al habla, le agregó al ídish un sabor inconfundible, hondamente comprometido con las emociones y los afectos. Este componente eslavo --sobre todo polaco, pero también ruso, ucranio y checo-- particularmente popular, sabroso y fecundo, fue el cuarto elemento fundante del ídish moderno, y el que terminó de diferenciarlo claramente del alemán y de todos sus demás progenitores. Para cerrar esta referencia a las diferentes confluencias idiomáticas, corresponde señalar la íntima fusión, palabra a palabra y frase a frase, que estas lograron en la lengua ídish. Según el lingüista Cyril Aslanov, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, “el ídish constituye un koiné a base de varios dialectos alemanes medievales, enriquecido con un fuerte aporte hebreo y eslavo”, denominando koiné a una lengua producto de la integración de determinadas variedades idiomáticas, que es el caso de la gran mayoría de las lenguas.

Ese ídish, hablado hasta las vísperas de la Segunda Guerra Mundial por unas doce millones de personas, idioma sin territorio propio ni Estado nacional, dio sin embargo nacimiento a una impresionante literatura, tan rica como poco conocida fuera de sus propios límites idiomáticos.

Conociendo lo producido en lengua ídish en el curso de los últimos cien años, no suena exagerada la propuesta que hiciera después del Holocausto el poeta Méilej Rávich: la de reunir las principales obras de esa literatura y canonizarlas, conformando con ellas una nueva Biblia judía, esta vez en ídish. Pese a que falta la perspecti-

va que brinda el paso del tiempo, la dramática experiencia judía a lo largo del siglo XX, expresada en ídish por voces de primerísimo nivel poético y literario, tiene efectivamente una clara resonancia bíblica.

El ídish en la cultura argentina

También fue Meilej Rávich quien, tras visitar la Argentina en 1938, dijo que lo creado literariamente en ídish en este país constituía *“la rama argentina de la literatura ídish”*; por su parte el escritor judeo argentino José Liberman consideró que se trataba de *“la rama ídish de la literatura argentina”*. Ambas definiciones no sólo no parecen contradecirse sino que se integran. Desde otra perspectiva, el ensayista Pinie Katz sostuvo, en un trabajo publicado en 1947, que *“en la Argentina posiblemente sean los judíos el único grupo nacional inmigrante que creó una literatura propia en su idioma. (...) También se escribió y se escribe aquí en otras lenguas extranjeras: italiano, alemán, inglés, francés y ruso, pero sin pretensiones de conformar una literatura aparte, tal como sucede en el caso del ídish.”*

Esta literatura tuvo por protagonistas a un largo centenar de escritores que a través de sus novelas, cuentos, poemas, dramas y ensayos, dieron testimonio de la vida y el pensamiento de una comunidad tan singular como diversa. Desarrollada en especial a lo largo de las primeras seis décadas del siglo XX, la literatura ídish argentina reconoce temas centrales, épocas y ámbitos, vinculados tanto con las olas inmigratorias que trajeron a sus cultores al país, como con hechos históricos locales y del mundo.

En un ensayo introductorio a la gran Antología de la Literatura Ídish Argentina, publicada por el diario Di Presse en 1944, se dice:

“La mayor parte de los creadores de nuestra literatura no proviene de una escuela religiosa ni de una academia talmúdica y tampoco, por supuesto, de un guimnazio ni de una universidad. El origen de la mayoría es un taller, la feria o una tienda. Y eso explica por qué no hubo casi entre nosotros escritores preocupados por la forma. Mientras en Europa migraban del romanticismo al impresionismo y del impresionismo al expresionismo, entre nosotros se escribía simple y llanamente; mientras en Europa la añoranza por el ayer impregnaba las páginas de la literatura idish, entre nosotros imperaba el realismo y la descripción del hoy.

Nuestra ‘rama’ no se encuentra en la cima del árbol. Está más cerca de la tierra. Su característica es sencillez, su olor es tierra, su ritmo es trabajo y su idea motriz es gente en general. En nuestra literatura existe el ritmo del trabajo en el campo, en el pequeño taller y ya también en la gran fábrica; e incluso registra el ritmo del deambular por lejanos campos desconocidos y está el triste sonido de golpear las palmas ante una puerta extraña, como un pájaro con las alas, por parte de esos pequeños comerciantes llamados ‘cuénteniques’ o ‘córteniques’.

Nuestra comunidad se constituyó basada en la colonización. Su ideal en sus comienzos era sólo trabajar la tierra. Muchísimos judíos vinieron al país movidos en principio por la idea de abandonar las viejas ocupaciones y dedicarse a la vida rural; y resulta natural que la vida de los colonos sea el tema que encabeza las creaciones de nuestros escritores. Tenemos, en realidad, autores que sólo escribieron acerca de la vida campesina, otros que sólo lo hicieron acerca de la vida urbana y otros que incursionaron en ambos temas, pero todos se destacan por su sencillez y por considerar más importante el contenido que la forma.

La primera generación de escritores, con muy contadas excepciones, se argentinizó totalmente y casi sin excepción sólo describieron los brotes de la vida local. La segunda generación miraba con nostalgia no sólo al puerto, sino todo lo dejado al otro lado del mar y le

costó mucho aclimatarse. La tercera generación ya era más de aquí que de allá. Incluso se planteó una polémica acerca de si la temática de nuestra literatura debía ser sólo local. Había quienes decían que mientras un escritor no se descarga de su bagaje anterior no puede encarar temas locales. ¡Pero la vida misma decidió que la existencia judía tiene lugar tanto acá como allá y que nuestra literatura tiene que tener sus raíces allá y sus ramas acá!”

Jacobo Botoshansky, uno de los autores de este ensayo de Di Presse, mencionó a lo largo de sus trabajos qué escritores ídish argentinos respondían, a su juicio, a las características generacionales de cada una de las épocas mencionadas. De los autores incluidos en el presente libro, Botoshansky considera parte de la primera época a Alpersohn, Bendersky, Moshkovich y Pinchevsky. De la segunda época, a Faierman, Rollansky, Guiser y Jevél Katz, mientras que a la tercera pertenecerían Milleritsky, Shpritzer, Freilaj y Mary Gold. Extrapolando estos criterios, si bien Botoshansky no los menciona, Cociovich pertenecería a la primera época; Goldzac a la tercera y Hager a una cuarta época, correspondiente a los autores llegados a la Argentina después de la Segunda Guerra Mundial.

Acerca de “En el espejo de la lengua ídish”

Lo que se propone nuestra selección de textos escritos originalmente en ídish, es brindar algunos ejemplos significativos de determinados aspectos de la vida y del paisaje argentino urbano y rural, a través de los ojos de escritores judíos radicados en el país o, en unos pocos casos (Nomberg, Aijenrand), de autores ídish que habiendo pasado por aquí pusieron luego por escrito sus impresiones.

Ex profeso incluimos en esta selección una diversidad de tonos y miradas, desde el humor de un Freilaj o un Jevél Katz, y la reflexión de un Rollansky o un Nomberg, hasta la crónica personal apasionada de un Alpersohn. Lo hicimos con la intención de ilustrar, a través de

algunas voces, la poco conocida ciudadanía argentina de una singular literatura que latió durante un largo período al compás de la vida del país. Al mismo tiempo, durante la selección de estos textos, intentamos que tuvieran un cierto carácter universal, es decir que sus conflictos y nudos dramáticos o humorísticos pudiesen reflejar circunstancias de vida similares a otras experiencias inmigratorias, a otras vivencias colectivas e historias personales.

Vale la pena recordar que este cuerpo literario ídish argentino, claramente delimitado por su expresión idiomática, es sin embargo parte integrante de una literatura judía argentina lado a lado con los autores judíos locales que se expresaron en castellano. Ambas vertientes comenzaron su tarea por la misma época, entre fines del siglo XIX y principios del XX, y dedicaron sus primeras creaciones a temáticas similares, es decir a su vida como inmigrantes y como colonos, y a su visión de la Argentina.

Desde ya que las publicaciones de los escritores ídish tuvieron una circulación más limitada en el ámbito cultural general del país, pues la barrera idiomática hizo que éstas fuesen casi desconocidas o que estuviesen confinadas a círculos más limitados. De muy pocos escritores se tradujeron sus obras completas, y en general se conoce su literatura a través de antologías o referencias parciales. Es por esta razón que también prestamos especial atención en este libro a la traducción e inclusión de textos, afines a la presente temática, que nunca antes habían sido vertidos del ídish al español ni publicados.

Estas páginas son entonces una forma más de sumar esfuerzos para la difusión de algunas de las obras literarias de autores que desde su propia particularidad aportaron a la construcción del patrimonio cultural argentino que en definitiva es la suma de todas las voces que se fueron expresando a lo largo de las décadas, desde sus propias identidades y especificidades.

La cultura argentina en su vertiente literaria es, de ésta manera, una fuente inspiradora para la construcción de una sociedad mas pluralista y democrática, respetuosa de las diferencias y de la diversidad, y capaz a la vez de encontrar aquellos aspectos compartidos que los unen e integran en un todo que los contiene y resignifica.

Eliahu Toker y Ana E. Weinstein

¡Capitán, Capitán!

Moishe Dovid Guiser

¡Capitán, capitán! Ven a nuestro camarote
cuando duermen los ánimos cansados,
cuando el aliento de pueblos se une y mezcla
y el aire se hace una encendida llamarada
y comienzan a sollozar hasta los muros de acero
y las cuchetas chorrean lágrimas ardientes,
y doloridos se quejan y rechinan los lechos de paja
deseosos de que los escuche alguno al menos.

¡Capitán, capitán! Cómo puedes dormir ahora
sin ser torturado por las oscuras imágenes
que aparecen en sueños y que exigen airadas
por aquellos que en sus propios lechos
desnudos, sarnosos, no encuentran consuelo,
¡Capitán...! ¡Capitán...!

En: Toker, Eliahu (Selección y traducción).

El resplandor de la palabra judía,

Antología de la poesía ídish del siglo XX,

Buenos Aires, Ed. Pardés, 1981

Original en ídish: *Dos gezang fun a lebn (Canto de una vida),*

Buenos Aires, Tzentral Farband fun polische idn in Argentine, 1953.

La llegada al puerto de Buenos Aires el 14 de agosto de 1889 del vapor Wesser con inmigrantes judíos oriundos de Podolia, es el inicio simbólico de la inmigración judía organizada a la Argentina, y el comienzo de la colonización agrícola judía en el país. Es acerca de las difíciles y al mismo tiempo esperanzadas vivencias de éste grupo y otros que se le van sumando, así como la creación de la Colonia Moisés Ville en la provincia de Santa Fe que da testimonio el relato de Noé Cociovich.

Génesis de Moisés Ville

Noé Cociovich

Después de treinta y cinco días de viaje en barco el grupo llegó a Buenos Aires el 14 de agosto de 1889 (fecha del sello del Hotel de Inmigrantes de Buenos Aires, impreso sobre el pasaporte ruso del señor Meir Teper); habían arribado 110 familias que totalizaban 837 almas.

Acompañada por residentes judíos de Buenos Aires, una comisión de los inmigrantes se dirigió con los contratos al Banco de la Colonización, solicitando las tierras prometidas en las cercanías de La Plata, que se encuentra a un par de horas de viaje de Buenos Aires. El banco reconoció la autenticidad de los contratos, aunque no su vigencia respecto al lugar señalado en La Plata. Les propuso tierras en otros lugares, pero les aconsejaron no aceptarlas. Después de ocho días de negociaciones les quisieron reintegrar el importe de cuatrocientos francos que le habían abonado al agente argentino, el señor Frank. Siguiendo la recomendación de sus acompañantes, aceptaron el reintegro del dinero, pero de los importes correspondientes les descontaron 4.500 francos, en concepto de comisión para el señor Frank... Quisieron dirigirse telegráficamente a Simel y pedirle que obligara a Frank a interceder ante el banco de Buenos Aires con el objeto de que se cumpliera el contrato. El telegrama debía

costar, empero, ciento cuarenta dólares, suma que los inmigrantes no querían reunir...

Alexenicer sostiene que en la no recepción de las tierras prometidas en las inmediaciones de La Plata tuvieron que ver los “benefactores”, los judíos pudientes, acompañantes, que no querían tener a este grupo cerca de Buenos Aires por temor a que manchasen el buen nombre judío; esa gentuza dio un mal ejemplo, al dispersarse por la ciudad para pordiosear trastos viejos. Fundamenta su hipótesis en el hecho de que mientras ellos negociaban con el banco, un tal Levi Lambardt les propuso tierras en Palacios, a 18 horas de viaje de Buenos Aires, que podían conseguir en condiciones accesibles.

Al no tener alternativa comenzaron a negociar con Palacios, que ofreció su tierra al precio de cuatrocientos pesos las cien hectáreas, más el compromiso de apoyarlos hasta la siguiente cosecha con un crédito por alimentos: harina, azúcar, té y carne.

Después de que aceptaron las condiciones citadas, los inmigrantes se trasladaron a Palacios en 1889. Les dijeron que para el anochecer ya habrían de llegar a destino. Sin embargo, sólo arribaron al día siguiente, sábado, y eso resultó muy penoso para la gran mayoría, que no quería profanar el sábado.

Desde ese día se inició su serie de aflicciones y calamidades.

Se encontraron en una zona desierta y despoblada y mientras tanto los hospedaron en las estaciones de ferrocarril de Palacios y Monigotes, que habían sido recientemente construidas y no estaban aún habilitadas para los pasajeros. El grupo contaba con dos matarifes. No tenían, por el momento, ningún alimento, ni siquiera pan. Sólo había carne. Palacios no envió el alimento prometido. Los que tenían un poco de dinero podían comprar comestibles en Sunchales y lo que no poseían recursos simplemente pasaban hambre. Sus hijos solían arrebatar galletas que los viajeros de paso les arrojaban. El tiempo era frío y los niños comenzaron a enfermarse;

no contaban con atención médica y no es de extrañarse que a las pocas semanas los inmigrantes tuvieran la tremenda desgracia de llorar a 64 niños fallecidos. De esa manera se colocó el fundamento de una comunidad judía: con un cementerio.

* * * *

Después de Sucot¹ del año 1890 se mudaron a los campos, a 17 kilómetros de distancia de la estación Palacios. Los colonos comenzaron a levantar carpas temporales con estacas y tirantes enviados por Palacios y que no fueron consumidos por el fuego de los altos pastos encendidos que ardían frecuentemente, seguramente por causa de fósforos arrojados por descuidos. Antes que nada se construyó una casita de barro, que constaba de dos pequeñas habitaciones, para el matarife, señor Aarón Goldman, y al lado de la casita un pozo de agua público. El modesto rancho fue la primera edificación de la colonia Moisés Ville. Alrededor de este rancho se concentró, a cielo descubierto, todo el grupo, que sólo gozó de tiempo seco unas pocas semanas. Después ya solía llover dos veces por semana sobre sus cabezas. Poco a poco fueron levantando las carpas y el desierto adquirió la apariencia de un poblado. Palacios consultó con los colonos y, después de las correspondientes tratativas, le dieron al nuevo poblado el nombre de Moisés Ville: la villa de Moisés.

Las casitas estaban débilmente construidas y muy difícilmente hubieran podido resistir una tormenta; a menudo sucedía que acababan derrumbándose.

Un empleado había comenzado a distribuir té, harina, azúcar y café. La carne no faltó ya desde el primer día. Se carneaba cuatro reses por día. El grupo mismo le abonaba al matarife diez pesos por mes, además de las lenguas de los cuatro bueyes carneados, cuatro intestinos y dos hígados, parte de los cuales solía vender, con lo que tenía una entrada adicional de otros diez pesos mensuales. Si alguien salía del campamento, solía errar entre los pastos altos y no encontraba tan fácilmente el camino de regreso. A menudo debía

buscarse al extraviado; cierta vez se encontró a un niño perdido después de ocho días de búsqueda.

La mayor calamidad consistía en el hecho de que no se distribuían implementos agrícolas para poder comenzar a trabajar. A uno le daban un buey, a otro un caballo que era, a menudo, robado de inmediato.

* * * *

El grupo lituano arribó a la Argentina el 27 de diciembre de 1894, después de haberse embarcado en Libava el 11 de noviembre. Constaba de 42 familias, algunas de las cuales vinieron después; a Palacios llegó dos días más tarde, un sábado. Allí los hospedaron durante ese día en un galpón de chapas metálicas. Los proveyeron de alimentos, aunque no de *kugl²* naturalmente. Recién al día siguiente, domingo 30 de diciembre de 1894 (3 de Tevet de 5655), después del mediodía, los pudieron conducir a Moisés Ville, puesto que la noche anterior había diluviado, incluso con rayos y truenos, de modo que los inmigrantes en el galpón de chapas fueron presa del pavor. No encontré a mi familia en el grupo. Se había quedado en un hospital de Bremen dejando allí, para mi desgracia, dos víctimas fatales: una hija de ocho años y un hijo de cuatro.

Como el grupo había creído que las 42 familias se asentarían en un mismo lugar y formarían una sola población, se proveyó de elementos espirituales. Trajo consigo tres rollos de la *Torá*, uno de ellos en un hermoso arca sagrada (obsequio del plenipotenciario de la J.C.A. en Grodno, señor Abraham Frumkin). Con él vinieron dos maestros, los señores Reuvén Sinay y Jaikl Zukowski, como así también el yerno de este último, que era cantor litúrgico y matarife ritual judío. El señor Sinay colectó en Grodno, para el grupo, una apreciable cantidad de libros de contenido religioso, que conservaba en su poder.³

* * * *

Habiendo arribado como delegado del grupo de judíos lituanos, recorrí viajando los alrededores de Moisés Ville. Anhelaba saber de qué modo vivía la gente como colonos en esa región desconocida. Mis ojos, empero, no detectaron el menor rastro de una población, sino sólo tierra cubierta de pasto y plantas silvestres. De lejos, la nueva población de Moisés Ville parecía un viejo cementerio con lápidas sepulcrales cubiertas de polvo. El pueblo actual con calles delineadas que llevaban los nombres del Barón Hirsch, del doctor Iarcho⁴ y de conocidos prohombres argentinos, con sus construcciones modernas, tanto privadas como de instituciones comunitarias que se transformó en el centro de la vida cultural y comercial, en una metrópoli con colonias subsidiarias a su alrededor y pueblitos situados junto a las estaciones de ferrocarril, ¿qué aspecto tenía en los días de su niñez, en 1894?

Estaba situada a una distancia de 16 kilómetros de Palacios, la estación de ferrocarril.

Sobre la desierta estepa se habían marcado líneas rectas, una de norte a sur, de tres kilómetros de longitud, y dos de este a oeste, una de las cuales tenía un kilómetro y la otra dos kilómetros de longitud. Estaban separadas por una distancia de un kilómetro.

Diseminadas sobre un total de tres kilómetros de longitud, apenas había un centenar de casitas. Sobre el espacio vacío del centro se divisaban, a lo lejos, tres casas de ladrillos con techos de chapa metálica. Eran construcciones comunitarias: la administración, la sinagoga y el baño público, salvando las distancias. Alrededor de ellos pastaban bueyes, vacas y caballos que pertenecían a los propietarios de la aldea. Con excepción de algunas barracas, todas las demás eran de adobe y tenían tejado de media agua. Algunos de los tejados eran de caña y otros de chapa galvanizada y acanalada. Estas barracas no tenían cielo raso ni piso de madera. El suelo estaba cubierto por una capa de estiércol de vaca. El trabajo de cubrir el piso era la especialidad de las mujeres, quienes lo llevaban a cabo

los viernes, al limpiar las casas para el sábado. Las judías lituanas, para quienes esta técnica era desconocida, pues cuando vivían en regiones boscosas de su terruño tenían pisos de madera, debieron tomar lecciones de las mujeres de Podolia. A pesar de la mala calidad del material de construcción, el estado sanitario de las viviendas era aceptable, gracias al casi siempre cálido clima argentino y al agua que se tenía a mano, lo que posibilitaba, sin mayores dificultades, la limpieza y el lavado. Cada propietario podía tener un pozo de agua propio junto a su casa, que consistía en un simple hoyo de varios metros de profundidad. A menudo se debía cavar más hondo debido a que Moisés Ville no poseía agua de manantial; el líquido elemento proviene de las capas superiores del terreno, se filtra hacia los estratos inferiores y obliga a cavar más hondo. No es éste un trabajo liviano, pero el provecho que se obtiene justifica el esfuerzo, más aún teniendo en cuenta que no exige gastos adicionales, pues no es necesario reforzar el pozo debido a la dureza del terreno. El agua de la región de Moisés Ville es, en general, buena para el consumo, pero en sus vecindades hay también agua no potable. En un caso como éste, el colono cava en su terreno otros pozos en busca de agua potable, y a menudo la encuentra.

A cada agricultor se le adjudicó una quinta junto a su casa: una franja de terreno de 100 metros de ancho por 1.000 de largo, es decir, 10 hectáreas. Detrás de las quintas se hallaba la tierra de labranza: un kilómetro cuadrado (100 hectáreas) por colono. Había por aquel entonces cerca de 50 agricultores.

* * * *

Para la colonización, la J. C. A. consideró a los colonos escogidos como una joya. Este elemento activo fue, precisamente, el que colocó el fundamento de la futura colonia de Moisés Ville. Viviendo aislado como en un yermo y con un dominante entorno no judío al que los colonos deberían, por lógica, adecuarse siquiera parcialmente, su imagen de la “anticuada vida judía” no se volvió borrosa, sin embargo, sino que conservó sus contornos claramente delineados como en el

viejo terruño. Judíos barbados cuidaban celosamente la *cashrut*,⁵ la santidad del sábado y de las fiestas, hicieron tender alambres alrededor del poblado para considerarlo como propiedad privada dentro de la cual estaba permitido acarrear objetos en sábado.

* * * *

Enseguida después de haberse asentado en sus lugares, los judíos lituanos se dedicaron febrilmente a su trabajo.

La faena principal del colono nuevo es roturar la tierra virgen. Es éste un trabajo que tiene por objeto transformar la tierra que permanecía inviolada desde los seis días de la Creación en un terreno cultivado, destruir la flora y fauna perjudiciales, arrancar de cuajo las malezas, los arbustos espinosos y hasta los grandes árboles, allanar la superficie derribando los montículos levantados por las hormigas y, de paso, destruir las madrigueras de distintas alimañas, víboras, lagartos, zorrinos, comadrejas y otros.

Por más necesario que le sea al colono tener cultivado su terreno lo antes posible, no está en sus manos dedicarse normalmente, día tras día, a roturar la tierra, trabajo que no se lleva a cabo cuando se quiere, sino cuando se puede; la tierra debe antes ser empapada por una lluvia copiosa, que muchas veces se hace esperar. Al colono, sin embargo, no le falta trabajo accesorio, que le insume mucho tiempo debido a su falta de práctica. Aún el hacer un viaje de siete kilómetros hasta el pueblo de Moisés Ville era para nosotros, novatos, un asunto complicado, ya que al principio usábamos, para hacer la “travesía”, una yunta de bueyes, verdaderos ángeles que cumplían una doble misión; ellos solían tirar del carro y, además, pastar. Una vez en el pueblo conducían a sus dueños a cualquier lugar en el que hubiese una puerta abierta. De seguro preguntarán ustedes: ¿Y los caballos, dónde estaban? El par de bestias salvajes debía ser domado y adiestrado para tirar del carro. Para ello eran necesarios buenos compañeros, caballos de tiro amaestrados que debíamos conseguir por nuestra cuenta; costaban un dineral y eran

una verdadera rareza. El ganado cerril tendía más hacia el himno “Libertad”⁶ que hacia el versículo bíblico “conoce el buey a su amo”, en el que el judío lituano comenzó a aleccionarlo.

No poco empeño y esfuerzo costó extraer un poco de leche del par de vacas de la administración. No era como en la vieja Europa, donde la vaca, ni bien se le colocaba el balde debajo del hocico, regurgitaba y devolvía de buen grado su poco de leche; aquí era necesario doblegarla con medios compulsivos, capturarla, atarla a un poste, manearla y llegar a un acuerdo con el principal competidor: el ternero al que debía dársele a probar la leche a fin de que la vaca no se declarase en huelga y permitiese fluir el líquido y blanco elemento. Después había que apartar al ternero, operación que debe repetirse varias veces durante el ordeño.

Para el colono inexperto no es tan fácil capturar a la vaca. Haciendo girar el lazo debe procurarse que éste caiga sobre los cuernos o el cuello del animal. Por más diestro que hubiese sido antes el colono, ello no le bastaba para manejar bien el lazo. Los judíos lituanos debieron acostumbrarse a vencer esta dificultad con el solo objeto de obtener leche; la “bendición del hogar” consistía en un vaso de leche, un poco de crema, un quesillo y un trozo de manteca para el tiempo frío. La leche cuajada tampoco debía desestimarse, ya que según el profesor Metchnikoff ella nos procura una larga vida, y el judío lituano fue desde siempre muy afecto a vivir muchos años...

* * * *

Cuando a alguna de las familias le sobraba un peso, o lo ahorra de la ayuda recibida, compraba otra vaca para ordeñar, ya que Moisés Ville era un mercado bueno para convertir la leche en dinero. Como ya he mencionado anteriormente, yo le había predicho a Cohen, el administrador, que podía confiar en que los judíos lituanos se dedicarían al ordeño. Para demostrarle que esa suposición tenía asidero en la realidad, comencé a fabricar un queso lituano triangular a partir del primer ordeño de las vacas cerriles y se lo

envié con una inscripción en hebreo: “La primicia del queso para el *cohen*”.⁷ Este queso lo utilizó con fines promocionales entre los viejos colonos y más de uno de ellos vino a preguntarme: “Por favor, ¿cómo se hace queso?”

En: Cociovitch, Noé. *Génesis de Moisés Ville*,
Buenos Aires, AMIA, Ed. Milá, 1987.

Traducido por Iacov Lerman y Abraham Platkin
Original en idish: *Moisesviler breishis*, Buenos Aires, Ed. IWO, 1947

Buscando ir en ayuda de los judíos perseguidos durante los pogroms en la Rusia zarista de fines del siglo XIX, e inspirado en el proyecto agrícola del grupo fundador de Moisés Ville, el filántropo Barón Mauricio Hirsch crea la Jewish Colonization Association (J.C.A.) estableciendo para ello un fondo destinado a la adquisición de tierras en la Argentina para el desarrollo de colonias judías agrícolas. Compra algunos de los primeros campos en las inmediaciones de la estación Carlos Casares, Provincia de Buenos Aires, y es allí donde, en 1891, un grupo de inmigrantes, entre los que se encuentra Marcos Alpersohn, funda la Colonia Mauricio, primera de las patrocinadas y organizadas desde Europa por la JCA. En homenaje al Barón Hirsch le ponen su nombre. Junto al enorme desafío que para los inmigrantes judíos significó su dedicación a las tareas agrícolas, menesteres hasta ese momento poco familiares para ellos, estaba también la generación de vínculos con los pobladores del lugar y el aprendizaje de una convivencia amistosa con el contexto en el que se habían establecido. Todo esto se refleja en los tres relatos de Alpersohn que van a continuación.

El Gaucho Barrabueno

Marcos Alpersohn

Este buen gaucho se merece que dedique unas gotas de tinta a su memoria y usted, lector de estas líneas, prepárese a conocer el alma noble de un gaucho semisalvaje, dotado de la sencillez de un hombre primitivo, el misterioso Barrabueno.

Tenía unos cuarenta años. ¿Quién puede saber a ciencia cierta la edad de los hijos de la *pampa*? ¡Ellos mismos tampoco la saben!

Moreno, con un rostro surcado de arrugas, pelo liso y brillante, negro como la cola de su caballo *Oscuro*. Usaba una larga barba negra y debajo de sus espesas cejas caídas asomaban dos grandes ojos diamantinos, que parecían bañarse en un arroyuelo blanco, rodeado de arenas rojas. Una aguileña nariz judía, un par de gruesos labios

carnosos, algo caído el inferior, con una sonrisa constante flotando cordialmente sobre ellos, ese era su aspecto entonces.

Llevaba atada su abundante *melen*a con un pañuelo de un blanco níveo sobre el cual descansaba, cayendo sobre la nuca, su gran sombrero amarillo de ala ancha. Usaba sobre el cuello un pañuelo rayado, como corbata; llevaba sobre la cintura una *faja* de cuero adornada con monedas de plata; detrás suyo asomaba un largo, filoso *facón* de mango de plata; caderas abajo estaba envuelto con un *chiripá* hasta los pies, sobre los que usaba unas medias coloridas y *alpargatas* blancas.

Estaba sentado sobre su *Oscuro* con la soberbia y seguridad de un general. Éste era un caballo negro, aterciopelado, fogoso, ágil, de pequeñas orejas y ojos chispeantes, adornado con un hermoso *bozal* trenzado y una mullida montura española, a cuyos costados colgaban el *lazo* y las *boleadoras*. Sobre su espalda colgaban una guitarra, una pavita metálica y un mate con su bombilla.

Su familia consistía de un perrito manchado –que iba acostado delante de su montura– y de una niñita morena, graciosa, de unos diez años, que iba en ancas abrazándose firmemente a él con sus bracitos.

Así, con esa indumentaria, con este patrimonio, entró cabalgando a nuestro grupo.

Me pidió que lo dejase vivir en un rincón del *galpón*... Allí se instaló Barrabueno; la calavera de una vaca le servía de silla, con yuyos secos que había recogido hizo fuego, y puso la pavita a calentar agua para el *mate*.

Después de chupar algunos mates, solía tomar en su mano la guitarra y un mar de melodías desgarradoras brotaba de sus dedos morenos y velludos.

Al resplandor de la luna clara, todos los integrantes del grupo nos sentábamos en el galpón alrededor suyo a escuchar embelesados su dulce voz melancólica acompañada por los sonos de su guitarra. Sus tristes melodías solían despertar en nosotros nostalgias por el viejo hogar; también transportaban nuestra imaginación hasta el Monte Carmelo, a los campos de Basán y a las calles de la legendaria Belén; a menudo, incluso, nos trasladaban a otros mundos, mucho más elevados, más dichosos y mejores, donde no existía la miseria ni abundaba tanto el dolor y donde reinaban la justicia, la piedad y la amistad...

Cantaba acerca del amor y de la libertad, acerca de los hermosos, verdes, impenetrables, antiquísimos bosques chaqueños, acerca de los famosos héroes nacionales, los generales José de San Martín y Manuel Belgrano quienes liberaron a su muy querida patria del yugo extranjero.

Con infinito cariño trataba a su familia, al perrito y –salvando las distancias– a la chiquilla.

–*Huérfana queridita*– solía decirle siempre, mientras acariciaba con devoción su largo cabello renegrido, musitando en voz baja: –*igual a mi querida Anita, su madre.*– Y sus ojos tomaban de inmediato una expresión triste, dolorida.

Se volvía entonces tierno y dulce como un corderito, abrazaba a nuestros niños y los apretaba contra su pecho. Los chicos lo querían muchísimo. En cuanto tenía unos centavos compraba cigarrillos y *yerba*, pero también confites y los distribuía entre ellos.

Los chicos ya sabían que cuando Barrabueno asaba una *mulita* o un *peludo*, o cuando lograba cazar un cervatillo o una *martineta*, tenían que sentarse alrededor del fuego a compartir con él el asado y tomar algunos *mates dulces*.

Tal como era suave, noble y delicado con la guitarra en la mano, así se volvía fiero, bravo y ágil blandiendo el cuchillo. Cuando montaba su Oscuro y tomaba el *lazo* o las *boleadoras* en la mano, ningún *potro* o *novillo* podía escapar por más arisco que fuese. Cualquiera parte de un animal salvaje que le indicasen, el cuello, los cuernos, la pata derecha o la izquierda, allí acertaba el lazo. Barrabueno lo enrollaba, un agudo silbido cruzaba el aire y el *animal* ya se debatía en el lazo.

Nos demostró su destreza con aquella vaca baya a la que nos referimos antes. Con sólo el *rebenque* en la mano se acercó a aquella vaca salvaje, y cuando ella se lanzó sobre él con la intención de destrozarlo, él saltó a un costado con agilidad de gato, la tomó por un cuerno e instantáneamente estuvo montado sobre ella. La fiera saltaba, se retorció, mugía atterradoramente, escarbaba el suelo con las pezuñas, pero el heroico gaucho, semiacostado sobre ella, le asestaba rebencazos entre las astas, y así pudo finalmente dominarla.

Resultaba de veras impresionante y sorprendente observar la lucha del hombre con el animal. La vaca quedó cubierta con una espuma caliente, y bufando, con toda la lengua colgando afuera, se dejó caer extenuada sobre la tierra. Entonces de un salto se bajó Barrabueno de ella y declaró:

–¡Bueno! ¡Ya es mansa!– y efectivamente esa vaca se volvió serena, contenida, tranquila como un chico. Durante muchos años la ordeñamos y obtuvimos de ella varias generaciones de *novillos*.

Al principio Barrabueno me inspiraba temor. Su aire taciturno, su silencio permanente, solían infundirme miedo. Todos los descendientes de los indios, seres –según se dice– sanguinarios y ladrones, son conocidos, sin embargo, por su ensimismarse, por su callar. Pero Barrabueno era, también en este sentido, una excepción. A veces se volvía confiado, locuaz; se sentaba con nosotros tomando mate y hablando largamente; contando, como era su costumbre, acerca de la inmensa pampa, de la vida libre en la selva y en el llano, pero

en el medio de una conversación así, se interrumpía de pronto y enmudecía como una roca.

¡Ah, qué espléndidos y excitantes eran sus relatos sobre los misterios de los viejísimos bosques del Chaco, donde había pasado su juventud y donde se encontró, frente a frente, con el jaguar!

–Con el *poncho* envolviéndome el brazo y el cuchillo en la mano, yo esperaba al fiero y sanguinario jaguar –contaba Barrabueno–. Y cuando se lanzó sobre mí con un salto felino para clavarme sus garras, no perdí la sangre fría. Tranquilamente sostuve mi cuchillo y, en su salto, él mismo clavó su cruel corazón en el agudo acero... Sin perder el tiempo lo desvestí de su piel manchada, desollándolo...

Fascinados escuchábamos sus descripciones del león sudamericano, el *puma*.

–¡Ah, patrón! –decía entusiasmado–. ¡Si sólo hubieses visto al *puma*! ¡Seguro que hubieses admirado a ese animal tan hermoso como digno! ¡Cuando ve a un hombre, abre sobre él sus bellos ojos rojizos, lo observa de pies a cabeza, pero no mueve un músculo siquiera! Permanece ante él con la redonda cabeza alta, erguida, como si dijera: “¡Mira, hombre, observa qué soberbio es el monarca del bosque!”. Muy raramente ataca al hombre. Sólo lo hace cuando está terriblemente hambriento o cuando el hombre lo ataca primero.

Era un narrador extraordinario, un hombre de verbo fácil. Pronunciaba cada palabra con claridad y precisión, y cuando no comprendíamos algo, lo repetía y preguntaba luego: “¿Comprenden?” Y hasta que no le contestábamos: “¡Sí, sí, comprendemos!” no seguía con su relato.

Se lo veía especialmente animado cuando contaba acerca del Río Negro, donde había cazado a su favorito, el Oscuro.

–Yo estaba acostado *calladito* entre el pajonal –nos contó Barrabueno–, e igual que un tigre acechaba a mi presa. El sol ardía cada vez con mayor fuerza y la sed empujaba a las tropillas de caballos salvajes hacia el río. Un joven *potro*, de largas crines negras, con la cabeza estirada hacia el suelo como un arco, se acercó lentamente al río, con la lengua reseca fuera de su boca. Yo contuve el aliento y esperé. Cuando estuvo muy cerca, al lado mío, pegué de pronto un salto, me tomé de sus largas crines y ya estaba sentado sobre él... El potro comenzó a brincar, a correr enloquecido, a corcovear, a pararse sobre las patas traseras; yo le hacía cosquillas con mi *rebenque* entre las orejas, le golpeaba la cabeza y le daba a entender que ya era su amo... Hasta que quedó blanco de espuma y sudor, cansado de galopar, agobiado por la sed, entonces se rindió. “¡Manso!”, dije. ¡Le puse un freno y *basta!*

Y en medio de un relato así, de pronto se interrumpía y se quedaba callado... Pero con un silencio que tenía algo de sobrecogedor. Sus ojos negros, algo enrojecidos, solían retraerse bajo sus largas cejas, nublarse, se metía la *bombilla* en la boca, la mordía con los dientes, y quedaba como petrificado, sin articular palabra... Un silencio mortal se extendía a su alrededor; su fogoso entusiasmo se apagaba y Barrabueno quedaba mudo...

Su silencio me infundía temor. El enorme *facón*, que siempre asomaba de su cinturón, acrecentaba mi miedo. Mi dolorida alma amasada en el exilio judío solía sobresaltarse: un cuchillo tan grande, un hombre salvaje, solos en el campo en medio de la noche... Yo me apartaba prudentemente dejándolo en su ensimismamiento y me metía en mi casa.

Poco a poco me fui acostumbrando a él y el temor se esfumó. Escuchaba con curiosidad sus cándidas preguntas.

–*Patrón* –me preguntó cierto día–, ¿qué es lo que tu *amigo* Rosenfeld, a quien me enviaste el viernes por la noche en busca de un libro, hablaba con dos panes trenzados?

–Barrabueno, ¿qué tonterías dices? ¿Qué quiere decir que hablaba con los panes?

–¡"Devera", se lo juro *patrón!* –insiste–. Yo mismo vi la mesa servida, cubierta con un mantel claro. En la cabecera había dos *panes* blancos y el señor Rosenfeld les decía algo, después cortó esos *panes rusos*; le dio un trozo a su hijo mayor, Mondik, otro al menor, Zazie, y también a doña Sara le dio un trozo del pan trenzado. ¿Qué significa todo eso?

–Barrabueno, estaba rezándole a Dios, ¿entiendes?

–¡Qué *rusos zonzos!* –responde meneando la cabeza–. ¡Hasta al pan le *rezan...*! ¡No hacen más que rezar! ¡Qué pueblo extraño son ustedes!

Otra vez vio a mi vecino el *shoijet* Krell, haciendo la bendición del vino sobre una copa.

–¡Hasta cuando toma *caña* reza esta gente! –se asombró Barrabueno.

Estaba admirado del modo ritual judío de faenar y miraba al matarife con muchísimo respeto.

–¡*Buen matarife!* –lo elogiaba–. Degüella con rapidez y tiene un *lindo cuchillo*.

–¿Por qué no matas tú mismo un *animal*? ¡Es un verdadero placer, *patrón* –intentaba convencerme a su manera.

–¿Un placer derramar sangre? ¿Qué dices Barrabueno? ¿Acaso el animal no siente dolor cuando lo degüellan?

–Bueno, ¿y por qué hizo Dios así su mundo? ¡Si vieses, *patrón*, allí en la selva; todo vive sólo de sangre, de sangre ajena...!

–En la selva, Barrabueno, es otra cosa. ¡Pero nosotros somos gente, no bestias!

–¡Gente! ¡Dios mío! –replicó sarcástico mientras asía con furia el mango de su facón y dejaba salir, de entre sus dientes apretados, una amarga maldición contra Dios y su madre, como es costumbre

en el *gaucho*. Y en ese mismo momento su sangre india se congeló bajo su piel cetrina y sobrevino el silencio.

–¿Por que te entristeces tan a menudo? –le pregunté cierto día.

–¡Mi *tristeza* viene de la soledad, *patrón!* ¡Oh! –suspiró dolorido–. ¿Puede haber algo peor que la soledad acaso? Sientes que estás siempre solitario, abandonado. ¡No tienes a quién revelar tu pena; no tienes una mano amiga que te acaricie el pelo cuando estás sumergido en pensamientos tristes! No tienes...

–¿Qué sucedió con tu Anita? –me atreví a preguntarle un día.

Al escuchar mi pregunta un temblor cruzó su cuerpo y su mano se aferró instintivamente a la blanca empuñadura de su *facón*; los ojos se le inyectaron de sangre... Apretó los dientes y se apartó de mí, yéndose en silencio. Nunca más volví a recordárselo.

Unos cinco años estuvo entre nosotros y cierta hermosa noche estrellada desapareció, junto con toda su familia, y nunca volvimos a verlo.

En: Alpersohn, Marcos. *Colonia Mauricio - Memorias de un colono judío*,
Carlos Casares, Ed. Comisión Centenario
de la colonización judía en Colonia Mauricio, 1987.
Traducido por Eliahu Toker

Original en idish: *Draisik ior in Arguentine, Memuarn fun a idishn kolonist*
(*Treinta años en la Argentina – Memorias de un colono judío*),
Buenos Aires, Drukerai fun G. Kupershmíd, 1922, Tomo 1

¡La langosta!

Marcos Alpersohn

Sucedió un sábado. Estábamos todos en el minien¹. El encargado de la lectura de la Torá leía “Vaishlaj Iaacov”² y los colonos bromeaban entre ellos, cuando irrumpió Avrom Guerman diciendo: “Una nube negra viene acercándose desde el norte...” La gente se inquietó. Un *pampero* no era, porque ese viento tormentoso llega de improviso y ya hacía unos días que soplabá un viento del noroeste.

¿Qué podría ser? La gente corrió afuera a ver de qué se trataba.

–¡Un chaparrón torrencial! –comentó alguno para sí mismo. Iba oscureciendo y en poco tiempo la oscuridad fue casi completa... Guardaron el Rollo de la Ley y cada cual se volvió corriendo a su casa.

Un ruido horroroso se había adueñado del aire como si se acercara un ejército. La oscuridad se volvió más densa aún y en seguida se escucharon golpeteos, chirridos, zumbidos, como cuando estalla un incendio... En ese momento vimos suspendida sobre nuestras cabezas una pesada nube de plomo en plena efervescencia, nube que fue bajando cada vez más, y parecía que iba a cubrirnos, aplastarnos, devorarnos... No se filtraba un rayo de sol; una pesada, angustiante tiniebla nos zumbaba horriblemente en los oídos, oprimía como con tenazas de hierro nuestro despavorido corazón. Los chicos se arrebujaron contra su madre susurrando: “¡Mamá, tengo miedo!”

Esa nube tenebrosa se posó en seguida sobre el suelo, y eran miles de millones de seres vivos que nos estaban asaltando.

–¡Son langostas! ¡Langostas! –exclamó contenta la madre–
¡Chicos, no tengan miedo; no hay peligro!

–Es una visita del Chaco que se detuvo a descansar entre nosotros! –comenzaron a bromear los colonos.– Menos mal que no era un chaparrón torrencial o un *pampero*. No pasa nada, no es tan terrible, –comentaban entre ellos los colonos, que en su vida habían visto a este maldito bicho. La gente volvió a alegrarse y, por lo visto, también la visita: el sitio le había encantado... Con aplicación y zumbando comenzaron a ordenarse sobre el territorio conquistado, y como un disciplinado ejército cada uno tomó su lugar. Ocuparon los árboles, los huertos, los sembradíos de trigo por el campo. El verde *maíz* se volvió amarillo por los millones de insectos de ese color que lo invadieron inclinándolo con su peso hasta la tierra... Las casas, los techos, los pozos de agua, las cisternas donde bebía el ganado, todos los lugares estaban tomados por ese alado ejército. Se escuchaba el roer de esos millones de dientes, el agudo sonido de las pequeñas sierras con que cortaban y devoraban cada ramita, cada hierbecita verde.

El sol, finalmente, apareció en las alturas, regando con sus desleídos rayos de oro a esa alada, amarilla, plaga viviente, que los nativos llaman *langosta*. Y a la luz del sol comprobamos que no se trataba de nada divertido, que la langosta no daba motivo para bromas...

La desgracia era terrible, no como algunos habían afirmado en un primer momento; era una desgracia que podía equipararse a todas las otras aflicciones, catástrofes y tormentas que ya habíamos sufrido. La sensación era que estábamos demás en nuestra tierra... No teníamos cómo dar un paso, si queríamos apoyar un pié no había dónde. El suelo, el espacio hasta pasar la copa de los árboles, todo estaba ocupado por ese ejército amarillo. Se metía en las casas a través de las puertas, de las ventanas, por todas las ranuras.

Las mujeres y los chicos tomaron tapas de ollas y platillos de lata golpeando con ellos para espantar a las langostas... Cubrieron con viejos delantales y sacos las cabezas de repollos y las jóvenes

parras, para salvar lo más importante, para que algo de la huerta quede al menos... ¡Pero todo fue inútil! La langosta seguía en lo suyo, devorándolo todo con enorme placer...

Llegó la noche, el ganado volvió sediento del campo, pero las cañerías estaban tapadas, repletas de *sarancho*; los pozos de las casas que no habían alcanzado a ser protegidos también vieron enrojecidas sus aguas, del color de la sangre, como en la primera plaga de Egipto... Y bombas para extraer el agua aún no existían. Pasado un par de días los huéspedes se habían adueñado sencillamente de nuestra colonia y de todo lo que había en ella.

¡Ah, cómo mugía el ganado pidiendo agua! El más arisco de los machos cabríos lamía las manos cuando se le traía un poco de agua para mojar su lengua reseca... Recién entonces comprendimos cabalmente lo terrible de aquella plaga con que fue castigado el Faraón, ¡langosta! Sobre los árboles no había quedado ni la más mínima hojita verde; en cambio el verde y el amarillo eran los colores dominantes sobre los rostros de los colonos... La cuerda estuvo entonces a punto de reventar... ¡Oh! Un gemido conmovió el aire:

–¡Fuimos asaltados por una jauría de ladrones; asesinos venidos de tierras salvajes se arrojaron sobre nosotros y se robaron nuestro pan a plena luz del día! –se lamentaba la obesa mujer de Leib Shuster, y gritaba: ¡Leib, huyamos!

En: Alpersohn, Marcos. *Treinta años en la Argentina – Memorias de un colono judío*,

Inédito en castellano. Traducido por Eliahu Toker.

Original en idish: *Draisik ior in Arguentine, Memuarn fun a idishn kolonist (Treinta años en la Argentina – Memorias de un colono judío)*,

Buenos Aires, Drukerai Beis Iesoimim, 1926, Tomo 2

La melodía celestial

Marcos Alpersohn

Era un sábado por la noche, una noche cálida, con millones de estrellas resplandecientes en un claro firmamento azul que miraba serenamente hacia la tierra. La angosta senda celeste tendida de norte a sur --la vía láctea-- se veía extrañamente prolija, como limpia arena blancuzca tendida silenciosa, inmóvil... Esa noche no aparecieron sus pequeños, insolentes, compañeros en llamas, que a menudo disfrutaban atravesando el cielo o apedreándolo con meteoritos de uno a otro extremo, llegando hasta el horizonte mismo. Todo descansaba, aquella hermosísima noche, en el azul silencio.

En el suelo, en medio de nuestro grupo, ardía una fogata sobre la que Velvl Dimandshtein, un hombre ágil y joven, acomodaba con una lanza una *vaquillona* entera preparando el *asado* con que agasajábamos a nuestros vecinos esa noche.

Habían venido a visitarnos desde un grupo alejado, HershI Tomim y Zalmen Bas, judíos cantores de melodías jasídicas¹, que en cuanto se echaban a cantar entraban en éxtasis místico como si estuviesen sentados allá, a la mesa del Tolner Rebe...²

El grupo entero, grandes y chicos, reunido afuera escuchaba el canto algo triste de HershI Tomim, mientras comían *asado* y mientras los adultos sorbían un mate *amargo*.

De pronto se escuchó una voz melodiosa, una voz tan cálida y dulce que quitaba el aliento... Los jasidim, los rostros blancos como la tiza, levantaron los ojos al cielo pensando “¿Tal vez?” El canto se hacía cada vez más transparente; se deslizaba con una dulzura que vivificaba y arrebatava el alma...

Estábamos todos de pie, como sumidos en un encantamiento, aguzando ojos y oídos hacia la colina que se levantaba delante de la *laguna*, que era de donde venía rodando ese cantar tan fascinante y extraño.

Los más jóvenes corrieron hasta rodear la colina y volvieron enseguida riendo alegres, trayendo a un hombre melenudo y barbado de unos cuarenta años, quien con una amplia sonrisa nos saludó cordialmente en alemán. De inmediato lo invitamos a la mesa. Tras tomar un par de mates amargos y mientras comía un trozo de asado, nos habló de toda su prosapia y nos contó su breve biografía:

De padre francés, --Feifer de apellido--, y madre holandesa, habiendo cursado estudios sacerdotales y de música, y dominando ocho lenguas, lo abandonó todo en busca de libertad... Pasó algunos años recorriendo el mundo como marinero y hace ya una década que vagabundea, que recorre las pampas argentinas con otros vagabundos europeos que presentándose como ex condes y ex barones, deambulan libremente por campos y bosques reuniéndose con los indígenas argentinos.

--¿Así que usted es un sacerdote? --se asombró Hershl Tomim.-
- La melodía que cantaba es seguramente de la iglesia, una melodía celestial robada de nuestro Templo de Jerusalem...

El vagabundo se echó a reír: --¡Si es el himno nacional argentino! ¿Nunca lo escuchó? Se lo voy a cantar y se lo traduzco después al alemán:

Oíd mortales el grito sagrado:
¡Libertad, Libertad, Libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas,
Ved en trono a la noble igualdad.

–¡Ah! Pero es un canto bíblico “Escuchad, cielos...”³ --exclamó entusiasmado Hershl Tomim colocando ambas manos sobre su velludo pecho.

–¡Sí! ¡Un canto sagrado! --confirmó el otro cantor, Zalmen Bas, y repitió la melodía, cambiando “¡Libertad, Libertad, Libertad!” por “¡Santo, Santo, Santo!”⁴. Todos permanecían de pie escuchando en respetuoso silencio la dulce poesía celestial. Efectivamente se escuchaban y sentían las rotas cadenas cayendo de los pies de cada inmigrante que pisaba la tierra argentina, bendecida con igualdad y libertad para cada alma. Aplaudieron al cantor pidiéndole que se quedase con ellos.

En: Alpersohn, Marcos. *Treinta años en la Argentina – Memorias de un colono judío*,

Inédito en castellano. Traducido por Eliahu Toker.

Original en idish: *Draisik ior in Arguentine, Memuarn fun a idishn kolonist (Treinta años en la Argentina – Memorias de un colono judío)*,

Buenos Aires, Drukerai Beis Iesoimim 1926, Tomo 2

La figura del “gaucho judío”, del inmigrante
devenido en colono y entregado a su sacrificada tarea agrícola,
generó en el imaginario colectivo de la comunidad judía
en la Argentina un especial afecto y reconocimiento.
Su contacto con la tierra y la dignidad de esta tarea
tal vez simbolizó para otros inmigrantes el logro de una vida mejor.

Colonos judíos

Abraham Moshkovich

Colonos judíos,
fortificados sean sus huesos;
¡nadie se gana el pan
más honradamente que ellos!

Sus callosas manos,
sucias de tierra y barro,
son más limpias que las blancas
enjoyadas manos.

Ellos llegaron aquí
desde patrias lejanas
y el suelo argentino
se volvió su nueva casa.

Y se encontraron con tierras
yermas, abandonadas,
sin caminos, sin senderos,
maleza gigante y más nada.

Ahora se muestran en flor
los páramos argentinos;
surgió una generación
de jóvenes colonos judíos.

En: Moshkovich, Abraham. *In Argentine (En Argentina)*,
Buenos Aires, Ed. Argentina, 1925.
Inédito en castellano. Traducido por Eliahu Toker.

Entre Ríos fue y es una de las provincias en las que mayor número de colonias agrícolas judías se establecieron.
Hasta el día de hoy es posible encontrar allí a sus descendientes y los rastros de sus sinagogas, centros sociales, cooperativas y bibliotecas. En todas ellas, las penurias que la naturaleza y el trabajo les imponían, se mezclaba siempre con momentos de goce y alegría.
La vida cultural constituía uno de esos momentos y muchas veces venía de la mano de artistas, escritores o expositores que llegaban desde Buenos Aires o incluso del exterior para traerles remembranzas de música, teatro o literatura ídish.
Uno de ellos fue Jevél Katz, el juglar judío porteño.
A continuación se incluye un dramático relato de Bendersky, y la letra de un par de afamadas canciones de Jevél Katz.

Un incendio en la colonia

Boruj Bendersky

Desde todos los caminos que conducen de los campos hacia la colonia se oye el traqueteo de los carros, la risa y las exclamaciones de los obreros que vuelven a sus hogares después de una jornada de ruda faena en las chacras, donde la máquina estuvo segando y las gavillas, reunidas en montones, fueron cargadas en carros y transportadas a un solo sitio, para levantar las parvas.

Muy de mañana, a la salida del sol, colocáronse las bases para las parvas redondas, cuadradas y cuadrilongas. A eso del mediodía parecían ya grandes edificios sin techos, y cuando el sol empezó a declinar en el occidente, ellas adquirieron otra vista: las gavillas, con las espigas hacia afuera, colgaban sobre la pared como techos pajizos cada vez más angostos, hasta tomar el aspecto de un techo verdadero; a la hora del crepúsculo la parva era ya tan grande, que las gavillas que iban trayendo parecían a su lado pequeñas, insignificantes, mientras que la parva misma se hacía cada vez más alta y afilada. En su cúspide, alguien, de pie, recibe al vuelo las gavillas sueltas y las coloca cuidadosamente, entrelazadas unas con otras.

–¡Otra gavilla! –grita hacia abajo, recoge la última que le tiran, la ubica justamente en el centro, en el cierre del techo, el cual se torna más puntiagudo aún.

Y ahora, con la llegada de la noche, desfilan los carros repletos de colonos y peones; regresan a la colonia, en busca del reposo, corren pasándose unos a otros y lanzan gritos alegres de carro a carro.

Una brisa fresca llena la atmósfera, penetra en las pecheras entreabiertas, acaricia con ternura maternal los cuerpos recalentados y sudorosos.

La colonia se llena bruscamente de vida y alegría. De todas partes se oyen voces y gritos:

–¡Lleva los caballos a la quinta!

–¡Ata el alazán con una soga!

–¡Cierra el portón!

–¿Qué le parece? –le grita un vecino al otro por sobre el camino– ¿qué le parece, don Jaime, lloverá esta noche? Me ha quedado una parva sin cerrar...

–¡No, no va a llover! –replica el interrogado con aire de experto, después de contemplar un rato el cielo.

–¿Cómo trabaja la máquina suya?

–Diga: ¿no le sobra por casualidad un resorte para el atador?...

A la luz de pequeñas lámparas de kerosén que miran por entre los paraísos, los peones, lavados, refrescados, con las camisas desabrochadas, se sientan a tomar mate y a comentar el calor de la tarde.

La dueña de casa, presurosa, sale de la cocina, trae algo a la mesa y vuelve rápidamente: resuenan platos, cucharas, otra vajilla. Todos se ubican en torno de la mesa.

Terminada la cena, desaparecen las luces de entre la arboleda, se hacen ver en las ventanas y al rato se apagan también allí.

Cerca de una casa ha quedado una luz afuera. Alguien está arreglando la lona de la segadora, que se ha roto hoy y que hará falta de madrugada.

De una casa se percibe el chirrido de una cuna; una madre hace dormir a su hijito:

—¡Ah, ah, ah, ah, ah!

Al lado de un rancho refulge una lucecilla que está por extinguirse. Se oye el zumbido quedo de una guitarra, cada vez más apagado, hasta que enmudece del todo.

Un vientecillo corre de norte a sur, reconforta y torna a la vida todo lo que crece y que durante el día ha estado marchitándose al sol.

En uno que otro sitio se deja oír el canto de un grillo, el croar de las ranas en la laguna cercana, el mugido de una vaca en el corral, el relincho de un caballo en algún potrero, y el eco se dilata en la quietud de la noche a través de los campos. Y nuevamente se hace el silencio.

¡Chit, silencio! La colonia está entregada al sueño.

* * * *

De pronto se interrumpe la calma de la noche. Desde un punto llega un grito:

—¡Corre a prisa, trae los caballos! Yo, entretanto, correré a casa de Samuel a despertarlo.

De entre los árboles, en una casa contigua, se levanta una figura blanca, acercándose al alambrado, inclina la parte superior del cuerpo hacia el camino, pone en tensión una oreja, le hace pan-

talla con la palma de la mano derecha. Llega un ruido de caballos rápidamente arreados hacia el corral.

Pasos apresurados, un golpe en la puerta y un susurro:

–¿Dónde es? –pregunta una voz desde adentro.

–No se sabe –contesta otra–, pero me parece que es en la chacra de Feldman. ¿No tiene usted caballos para enganchar?

Y se va corriendo a una segunda casa, a una tercera.

En todas partes aparecen figuras semivestidas, que echaron sobre sí lo primero que les vino a mano, y van corriendo de un lado a otro. Oyense voces por doquier:

–Tengo un solo caballo. ¿No tiene usted otro más? ¡Así ataremos un carro!

–¡Vamos! ¡Ayuden a enganchar los caballos! ¿Por qué están sin hacer nada? ¡Toda la colonia puede irse con el fuego!

–No se olviden de llevarse bolsas vacías.

–¡Hay que despertar a toda la colonia! El viento viene de allí...

–Me parece que es en el campo de Wainstein...

–No. Su chacra queda más allá. Es en la de Feldman...

Las voces se ven entremezcladas con el aullido de los perros que, espantados, corren por la calle, huelen la atmósfera y tratan de descubrir lo que pasa.

Poco después se percibe el correr estrepitoso de un carro que atraviesa precipitadamente la calle. De la oscuridad, de entre los árboles, cerca de las casas, surgen figuras que corren detrás del carro, de cuya parte trasera se toman con ambas manos y, dando un salto, se arrojan dentro de él; en un principio se quedan colgadas sobre el vientre, con el busto caído sobre el carro, pero tras un leve esfuerzo echan también el resto del cuerpo dentro del carruaje, que sigue rodando velozmente.

Al rato pasa otro carro, un tercero, todos repletos de hombres ligeramente vestidos, en camisa y pantalón.

Y todos vuelan hacia el lugar donde se divisa una claridad roja. Buena parte del cielo está vivamente iluminada, las estrellas se hallan apagadas y a lo lejos, lenguas rojas se elevan hacia el cielo...

* * * *

Un inmenso ojo de fuego miró repentinamente en la noche tenebrosa y se puso a hacer guiñadas maliciosas en todas las direcciones. La oscuridad empezó a quebrarse, a vacilar, sin saber adónde dirigirse. Sopló un vientecillo, estiróse una lengua enrojecida, lamió un puñado de espigas, saltó por encima de un montón de gavillas y una llamarada tomó altura, junto con un denso humo negro; de allí el fuego empezó a arrastrarse a ras del suelo, sobre el alto rastrojo del trigo recién cortado, avanzó sobre el vientre, como un ladrón, hasta llegar a un segundo montón de espigas, a un tercero, a un cuarto, y desde todos los costados irguiéndose en lenguas encendidas, cual si le llevaran la contra a alguien...

La noche empezó a retroceder más y más, haciendo lugar para el fuego que se iba extendiendo con audacia cada vez mayor, con ruido y estrépito, con chasquidos y estampidos.

En torno, las parvas de los campos, estupefactas, bañadas por una luz rosácea, no salían de su asombro...

En la atmósfera flotaban los gritos desesperados de los pájaros que, en su alarma, habían abandonado sus hijuelos indefensos dentro de nidos formados en el suelo, entre paja y plumas, y miraban cómo el incendio se iba avvicinando y consumiendo todo lo que encontraba a su paso... Y he ahí que el fuego tocaba ya el nido... Los pajarillos abrían sus bocas amarillentas, no podían respirar a causa del calor.

Otros no abandonaron sus nidos. Quedáronse allí con las alas abiertas, cubriendo a sus hijos, amparándolos contra el fuego que se acercaba más y más.

Y... he aquí que el fuego ya ha pasado. No quedaba más que ceniza en brasas.

* * * *

Uno tras otro llegan los carros cargados de gente. Los caballos se asustan, resuellan, saltan hacia atrás. Todo el mundo salta de los carros y se arroja con bolsas húmedas, impetuosamente, a luchar con el fuego; lo rodean por todos los costados, toman posiciones en medio de la oscuridad de la noche y del incendio, hacen viento con las bolsas, como si fueran sables desenvainados contra un enemigo terrible...

De todos lados se oye el sordo golpeteo de las bolsas contra el suelo, el saltar y el correr de un lado para otro, vuelan chispas, aquello parece una danza de duendes en un fuego infernal.

Todos gritan a voz en cuello:

–¡Ah, ah, ah! ¡Ah, ah, ah!

–¡Ven aquí! ¡Aquí! ¡No lo dejes pasar!

–¡A deshacer los montones de espigas!

Y cuando el fuego es apagado en un sitio, todos se lanzan al lugar en que el incendio sigue avanzando.

–¡Si hubiera un arado! –grita alguien.

–¡Un arado! ¡Un arado! ¡Que traigan un arado! –se oyen voces por todas partes.

Apártanse dos figuras, y desaparecen en las tinieblas de la noche.

Y el fuego sigue avanzando más y más. Retroceden la oscuridad y todos los que rodean la fogata.

El viento acude en ayuda del incendio, agarra trozos suyos y los arroja contra la parva, que se yergue, claramente iluminada, con una gran sombra negra echada hacia atrás; el fuego la rodea, asciende sobre ella, hacia la punta, donde aparece en seguida un humo negro; estremécese la parva, se inclina a un costado y queda envuelta por las llamas.

De todas las bocas sale un grito desesperado:

–¡Ah, ah, ah!

Feldman quiere arrojarse sobre la parva, pero no lo dejan; lo retiran semidesvanecido.

–Todo el año trabajando rudamente... ¿Y qué será ahora?... ¿Qué será?...

Y he ahí que llega el arado, arrastrado por cinco caballos. Estos se espantan. Se niegan a acercarse. Algunas personas se llegan a ellos, los toman de las bridas, caminan adelante, y hacen con ellos un círculo en torno del fuego. Aparece, roturada, una franja negra. Así varias veces, y la franja de tierra negra se hace cada vez más ancha.

El fuego llega hasta la tierra rotunda, se detiene, quema la última paja y se extingue. Retorna la oscuridad; en uno que otro sitio vuelven a aparecer lucecillas, que son prestamente apagadas por los golpes de las bolsas.

En el aire se expande un olor a quemado, a algo achicharrado.

Terminada la extinción del fuego, se forman ruedas en medio de la oscuridad.

–Yo acababa de acostarme –dice uno– cuando oí...

- Yo dormía afuera, y noté un ruido...
-¿De dónde habrá salido el fuego?
-¡Quién sabe!...
-Una chispa de cigarrillo...
-¿No lo habrá hecho alguien a propósito?
-¡Quién sabe!...

* * * *

A la madrugada, yendo hacia el trabajo, al pasar por la chacra de Feldman, veíase una gran mancha negra en medio del campo. De la parva de trigo había quedado un montón achatado de cenizas.

El viejo Feldman, totalmente ennegrecido, sucio de ceniza, con la ropa humedecida por el rocío, temblando de frío, cubierto por una bolsa, caminaba de un lado para otro y no cesaba de murmurar, como hablándose a sí mismo:

- ¿Qué sucederá ahora? ¿Qué sucederá ahora?...

En: Tesoros del Judaísmo,
México, *Enciclopedia Judaica Castellana*, 1959
Traducido por Salomón Resnick
Original en ídish: "Sreife" (Incendio), en: "*Oif ídishe felder*"
(*En campos judíos*), Buenos Aires, 1931

Mi turné por la provincia

canCIÓN de Jevél Katz

Voy de turné por la provincia
a probar fortuna.
Con todos mis instrumentos
y un pasaje de tren ida y vuelta.
Arre, arre, Jévele¹; arre, arre, kétzele²
Los gastos son enormes,
que al menos vuelva seco,
que tenga suerte y no llueva.

Tarde en la noche llegué a la colonia
a un galpón en medio del campo.
De casas perdidas a mucha distancia
vienen en sulquis colonos viajando.
Arre, arre, caballitos; arre, arre, condorcitos
se oye por los campos.
Jevél Katz da un concierto,
apúrense, salgan del barro, así se los lleve el diablo.

A la luz de un farol de kerosén
con tablas y bolsas armaron un escenario;
de frac tras la colcha-telón
está Jevél, ataviado a todo trapo.
Arre, arre, judíos; arre, arre, queridos;
vengan a llenar el salón.
Vine por ustedes, a mostrarles de qué soy capaz,
vine a mostrarles mi arte.

Se empujan en la caja pidiendo entradas,
uno a crédito hasta la cosecha;
otro paga al contado y otro dice a los gritos:

“Pago con huevos, no tengo dinero.”
Arre, arre, cajerito; arre, arre, empresarito;
acepta de cada cual lo que tenga,
dinero, huevos, gallinas
que el concierto ya comienza.

Se levanta la colcha y estalla un aplauso
Jewel Katz saluda desde el escenario;
un chico a los gritos pide “chocolatines”,
otro llora que quiere ir al baño.

Arre, ríe, Jévele; arre, alégralos, kétzele;
estos son judíos de trabajo y esfuerzo;
eres un artista judío
y a la vuelta sólo te llevarás el éxito...

En: Toker, Eliahu. (Introducción y selección)
El ídich es también Latinoamérica,
Buenos Aires, Ed. Instituto Movilizador
de Fondos Cooperativos, 2003
Traducido por Eliahu Toker

Basavilbaso

canCIÓN de Jevl Katz

En cuanto uno toma el tren en la estación Lacroze
sólo encuentra a Jaim, a Moishe, a Iosl;
con un boleto de segunda se viaja en primera clase
sólo hay que decir que uno
va a Basavilbaso.

Basavilbaso, pueblito mío
voy a recordarte en donde esté;
eres mi vida, mi alegría,
Basavilbaso, pueblito mío,
Kasrilevke¹ de Entre Ríos.

Hay judíos piadosos de largas barbas grises,
hijos acriollados que andan a caballo,
en la sinagoga hay viejos, chicos en la plaza
adultos y negocitos
en Basavilbaso.

Los negocitos tienen de todo, como Gath y Chaves,
zapatos, comida, cuellos palomita, clavos,
aserrín para las ruedas, pomada para el peinado,
incluso helados calientes
en verano.

Por las tardes, cuando viene el tren,
el pueblito entero va a la estación;
las chicas dan vueltas sin por qué,
y si en el tren viaja un buen mozo
le gritan “adiós”.

Y cuando el pueblito queda en silencio y está romántica la luna,
si ven de la mano ante el portón a una pareja,
no crean que conversan de amor o casamiento.
Dicen que la hermosa noche
es buena para la cosecha...

En: Toker, Eliahu. (Introducción y selección)
El ídish es también Latinoamérica,
Buenos Aires, Ed. Instituto Movilizador
de Fondos Cooperativos, 2003
Traducido por Eliahu Toker

La comunidad judía en la Argentina,
sexta en importancia en el mundo,
en muchos momentos de su historia atrajo la atención,
de reconocidos intelectuales y escritores del exterior.
Su especial vitalidad cultural, expresada a través
de la vasta producción literaria, periodística
y teatral en ídish, se sumaba al interés por conocer
la particular experiencia de las colonias agrícolas judías.
Este es el caso del escritor H.D. Nomberg,
quien visitó la Argentina en 1922 y recorrió algunas comunidades judías,
dispersas en esa vastedad geográfica en la cual
también crearon colonias agrícolas
como las de Rivera, Médanos o Colonia Rusa,
o se establecieron en pequeños pueblos y
centros urbanos más desarrollados.
Por su parte, la mirada de Moïshe Pinchevsky sobre la Argentina,
reflejada en el fragmento de un poema aquí incluido,
también puede ser entendida como la de una visitante
que expresa su admiración por los paisajes
y las personas pero al mismo tiempo,
desde su propia perspectiva ideológica, se conduce con su realidad.

En la Pampa

H. D. Nomberg

Al sur de Buenos Aires, hasta allá lejos lindando con el Río Negro y hasta las montañas por el oeste, yace extendida la Pampa en todo su abandono. Se vuelve más delgada la capa de arena que cubre la piedra, y en algunas partes, donde el viento se lleva esa arena, muestra la Pampa su desnudo cuerpo pedregoso pero no por mucho tiempo. Porque inquieta es la región, los vientos se pasean salvajemente descontrolados, y vuelven a traer nubes de arena para que la pampa no duerma desnuda.

Se ven árboles muy esporádicamente, y los que se ven presentan un aspecto desamparado: torcidos, rengos, enanos. Uno viaja centenares de millas y el ojo se cansa de ver la amarillo-verduzca monotonía.

Sólo que la tierra está totalmente *alambrada*, es decir limitada por dos o tres alambres tensados a deformes postes de madera, señal de que el hombre incluyó esas tierras entre sus dominios, y como prueba de pertenencia, como una suerte de anillo nupcial, le vistió el *alambrado*. No las roturó ni sembró, y tampoco las liberó de hierbas salvajes ni de hormigas, que en centenares y miles de nidos esparcidos por los amplios campos, llevan adelante una sociedad organizada desde hace, vaya uno a saber, cuántos millones de años. Porque donde la tierra es un poco más baja se pueden ver miles de montañitas de tierra, que son ciudades muertas de esas pequeñas criaturas. Hace mucho que emigraron de esos campos, pero las torrecitas de tierra que juntaron para protegerse del agua, quedaron en pie como restos de una antigua cultura. Centenares de miles de hectáreas permanecen todavía en estado salvaje, “*tierra virgen*” se la llama aquí, pero todo tiene dueño, y muestra la señal de pertenencia, el *alambrado*.

Miles de vacas y caballos pacen entre esos *alambrados*. Como si estuviesen avergonzados llevan las cabezas gachas y mastican. Porque pasaron los años de la guerra, años buenos, de abundancia, cuando el valor del ganado subía constantemente, y la gente reunía con ellos enormes fortunas. Ahora cayó terriblemente su precio. Cuantas más cabezas de ganado tiene un colono, mayor es su pobreza. Por eso andan por allí abandonados; nadie quiere verlos, y por añadidura se devoran incluso los bienes que lograron conservar sus patrones.

¡Pobre ganado! Hace muy poco se los apacentaba en campos de verdes alfalfares y se consideraba que cada vaca preñada llevaba una pequeña fortuna en sus entrañas. Europa estaba en guerra y Argentina le vendía carne. Ahora reina la crisis en el país. Se olvidan de dar agua a los animales y si alguno de ellos muere nadie se aflige. Los *caranchos* se hacen cargo del ganado caído en la pampa. En bandadas asaltan la carroña, devoran las carnes y abandonan los huesos desnudos. A lo largo y a lo ancho de la pampa usted ve

aquí y allá manchas blancas: son las osamentas de los animales caídos, que cocinado por el sol y lavado por la lluvia queda pulido y blanco.

¡Que descansen esos huesos dispersos por los vastos campos! Aquí la monocromía es tanta que angustia, y el ojo busca sobre qué detenerse. Una alegría asalta al viajero cuando divisa a lo lejos las aspas de un molino de viento, que bombea aguas desde las profundidades, indicador de un poblado. Aparece un *galpón*, una suerte de casa de paredes de chapa, y algunos arbolitos torcidos, rengos, que apenas se sostienen. Esa imagen desaparece y vuelve la pampa con sus melancólicos caballos y vacas. Desde la lejanía avanzan corriendo por la llanura un par de vías que cortan transversalmente nuestro camino. Casi todos los trenes pertenecen aquí a los ingleses, y el ingeniero inglés traza la vía férrea por la pampa del modo más sencillo. Tiende el camino derecho, derecho, derecho, sin que lo perturbe un monte ni un valle ni un hilo de agua. Y si se encuentran dos líneas, se cortan y cada una sigue su camino.

La pampa está siempre sedienta, siempre ansiando lluvia. Cuando las víboras verdes, por lo general no venenosas, salen desde sus cuevas a la superficie, los colonos se alegran; es señal de que está por llover. Las víboras percibieron la humedad del aire y también están cansadas de la sequía. Y cuando al viejo padre le duelen los huesos y se queja toda la noche, por la mañana se apresura el hijo a transmitir la buena nueva a su vecino: se aproxima una lluvia.

Argentina sufre mucho de inundaciones. Cuando se desata la tempestad tropical, pueden relampaguear rayos y resonar truenos permanentemente durante días, y el cielo puede dejar caer agua sin cesar. Tienen algo de diluvio estas lluvias. Pero aquí, en la pampa central, la tierra se bebe la lluvia sin saciarse nunca. La sedienta arena traga el agua, y pide más y más. Esta arena tiene la capacidad de entregar una buena cosecha; puede producir una abundante cantidad de trigo si recibe la lluvia necesaria y no sobreviene nin-

guna calamidad. Por desgracia eso sucede raramente; una vez en tres años. Pero cuando sucede todo ríe y la alegría se extiende por campo y ciudad. El colono, que hace muy poco pasaba hambre, trae a casa un libro de plegarias festivas para sí, adornos para su mujer, medias de seda para sus hijas. El puerto de Bahía Blanca se llena de vida y bullicio. Hasta las vacas levantan las cabezas y ya no gruñen entristecidas por su amarga suerte como durante la crisis.

Muy excepcionalmente, una vez cada muchos años, cae aquí un poquito de nieve. Chiquillos judíos, nacidos en la pampa, que no vieron una nevada en su vida, entran asustados a sus casas y cuentan con voces temblorosas la novedad:

–Mamita, ¡caen pajaritos del cielo!

¡Es un placer observar a los niñitos de los colonos judíos de la pampa! Yo los vi, chiquitos de 8 a 13 años, varones y mujeres, cabalgando los caballitos pampeanos, de a dos por caballo, uno rodeando con sus brazos la cintura del otro, y galopan de modo tal que una nube de polvo se levanta hacia el cielo y cubre el horizonte. Esta es la imagen más hermosa, la impresión más colorida, que me brindó la pampa.

El maestro de la colonia me preparó una sorpresa a mi llegada. Los chicos llegan por lo general a la escuela en sus caballitos, porque las casas se encuentran esparcidas a lo ancho de varios kilómetros; los caballos pastorean hasta que los chicos terminan sus clases y cabalgan a casa. Hoy, en honor a mi visita, interrumpieron la lección, y el grupito de chicos se echó a galopar impetuosamente hacia mí. Se podía pensar que viene un regimiento de caballería, hasta que de entre el polvo aparecieron caritas tostadas de niños judíos. Los observo: vestidos pobremente y el cabello despeinado, (a las chicas se les deshicieron las trenzas, a los varones se les ladearon las gorras) nuestros Iánkelej y Súrelej, hijos nativos de la estepa, pequeños

cosacos argentinos. Ágiles sobre los caballos y con el idioma ídish en sus bocas.

La pampa se me volvió un sitio mucho más familiar...

En: *Antologíe fun der ídisher literatur in Argentine*
(*Antología de la literatura ídish en Argentina,*)
Buenos Aires, Di Presse, 1944
Inédito en castellano, traducido por Eliahu Toker.

Hogar

(fragmento)

Moishe Pinchevsky

¡Ardiente Argentina! ¡Ardiente Buenos Aires!
Tus estepas son de fuego, de fuego es tu aliento;
de fuego tus mujeres y tus gauchos, de fuego.
Yo busqué amparo y sombra en tu puerto.

Ardiente Argentina de pan y ganado salvaje;
ardientes tus miserias, ardiente tu infortunio.
Cuántos kilómetros cubren tus alambradas,
las que protegen tus campos, tus latifundios.

Pero el ágil caballito del gaucho salta las alambradas
y al galope atrapa un ternero, y con su cuchillo
corta astillas, enciende una fogata...
¡Toda la tierra es del gaucho, sin muros y sin cerrojos!

Toda la tierra es del gaucho, pero él no necesita nada
salvo lazo, cuchillo, caballo y guitarra...
Las extensiones son tuyas, no necesita techo;
pero si roba lo suyo y lo prenden, es hombre muerto.

Riquísima Argentina, del pan y del ganado,
de las más hermosas mujeres y la más hábil muchachada,
¿de qué te vale todo eso si tus hijos padecen;
si estás a otros países vendida y alquilada?

En: Toker, Eliahu. (Introducción y selección) *El idish es también Latinoamérica*
Buenos Aires, Ed. Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, 2003

Traducido por Eliahu Toker. Original en idish: "Heim", en:

Almanaque de la Sección idish de la Asociación Ucrania de Escritores Proletarios, Jarkov, 1929.

Muchos escritores ídish quisieron acercar a los inmigrantes judíos que iban llegando al país, al paisaje, a la cultura y a la literatura argentinas. Construyeron así un nexo de enlace con la sociedad circundante, un facilitador en su integración y aculturación. Un par de ejemplos de esta tarea lo constituyen el siguiente poema, y el ensayo de Samuel Rollansky, del que traemos un fragmento.

La balada de Humahuaca

Leizer Aijenrand

¡Vosotras, antiquísimas montañas,
ocres, petrificadas!
En azules mañanas
atraviesa vuestras cúspides desnudas
un sol sangriento.

El oscuro grito de un pájaro sobresalta
las arcillosas chozas amarillas del valle;
la pesada, profunda quietud estival
alienta en el ocre silencio.

Humahuaca es antiquísima.
Un millar de ardientes vientos
grabaron a fuego sendas secretas
en el arcilloso rostro reseco
de Humahuaca;
de sus pupilas creó Dios la noche.

De sus dedos, en sueños,
brotan cactus salvajes;
la sed de la tierra arcillosa
le secó el cerebro.

Está dispuesta a morir dos veces
por un trozo de pan negro.
Con los blancos huesos de su asno
alguno le levantó una lápida
a la petrificada montaña;
un vaho de muerte se tiende cada noche
sobre el corazón angustiado de Humahuaca.

Humahuaca se trenza una cuerda
con el ocre silencio estival,
pero severos ángeles
impiden que se ahorque.
¿Quién clama por misericordia
para Humahuaca?

El sol, al atardecer, recoge en su ocaso
las lágrimas de Humahuaca;
las sombras de la petrificada montaña,
huyen como perlas negras
del olor de su cuerpo sudoroso;
Humahuaca quiere morir.

En: Toker, Eliahu. (Selección y traducción):
*El resplandor de la palabra judía, Antología
de la poesía idish del siglo XX,*
Buenos Aires, Ed. Pardés, 1981,

Martín Fierro,
exiliado en su propia patria
(fragmento)

Samuel Rollansky

Martín Fierro y El Viejo Vizcacha son antípodas. Los caracteres más opuestos de la pampa argentina. El primero admite el sentido trágico de la vida, del que es la víctima, y esto le sirve para justificar su mala conducta. El otro se toma la vida en broma, y por eso no se escandaliza de los delitos, el cinismo y la hipocresía de que es testigo.

Este Viejo Vizcacha está rodeado de secretos. El muchacho que tomó a su cargo ejerciendo la tutela sobre sus bienes, ni siquiera puede entrar en su rancho.

Vive sumido en la basura; el rancho es un revoltijo de trastos. Pero él arregla todo en la vida con sus chistes. Es un cínico como no hay otro. No confía en nadie. Siempre con las moralinas que acumuló en su vida disipada. Se burla de todo y de todos: se burla de los hombres que creen en las mujeres y de los que confían en la justicia. Todos son traicioneros y todos pueden a uno defraudarlo, y si se quiere ser precavido aconseja hacerse amigo de los poderosos y tener “la memoria del burro que nunca olvida ande come”.

El Viejo Vizcacha es el cómico que acepta la fisonomía burlona del mundo como un hecho sobreentendido, mientras Martín Fierro ha decidido protestar y reclamar justicia después de los golpes que le tocó recibir. Vizcacha ha asumido el rol de bufón que toma la vida con sorna y se adapta a las iniquidades que priman en el orden social, donde se aplica la ley del más fuerte.

Es también la personificación del libertinaje y la inmoralidad, que se esconden tras la chocarrería. Los dichos graciosos y las bufonadas conquistan a la plebe; lo sabe muy bien el embaucador, cuando de su boca salen las “verdades” –para los demás.

* * * *

La galería de personajes gauchescos, aunque monótona por fuera, es pintoresca y multifacética interiormente. Así tenemos, frente a semejante cachafaz como El Viejo Vizcacha, tan pícaro como descarado, un alma pura: el sargento Cruz, un sentimental. No hay en él ni pizca de la intrepidez de Martín Fierro, ni rastro del cinismo del Viejo Vizcacha.

Alto, circunspecto, naturalmente religioso, emana de él un aire monástico como lo sugiere su nombre. Ese espíritu cristiano fue transmitido a sus hijos. Le está reservado el mismo destino que a todos los gauchos. Es incorporado al ejército y sus hijos quedan librados a la buena de Dios. Pero Dios no se apiada de él ni de sus hijos. Como todos los gauchos reclutados en la milicia, sufre toda clase de vejámenes en los cuarteles. Supuestamente su misión es defender la patria de los malones, y para ello montan guardia día y noche en la frontera del desierto. Pero su posición no es mejor que la de los indios. Permanecen en el fortín abandonados a su suerte, sin alimento, vestimenta ni armas. Cada uno de los jefes es socio de su mísera paga, y el mismo comandante en vez de preparar a sus soldados para pelear contra los indios, los obliga a trabajar en sus propios campos que recibió por “hacer la guerra”, en su beneficio personal.

Cruz, un hombre de temperamento ascético, que quiere sobrellevar todo en nombre de la tolerancia cristiana, es golpeado con la mayor dureza hasta el último instante de su vida. Huye de la toltería junto con Fierro pero no llega a reunirse con los suyos: muere en el desierto y ni siquiera puede ser dignamente enterrado entre cristianos. “En el desierto murió. Y yo con mis propias manos,

yo mismo lo sepulté”. Cruz, el eremita, muere desamparado en el erial, así como el truhanesco Vizcacha muere abandonado en su cuchitril. El abandono y el desamparo son el común denominador del gauchaje a la hora de la muerte. Penuria y soledad.

El dramatismo social deja su impronta en el ambiente gaucho. Los personajes de Hernández se doblegan bajo el peso del infortunio que los agobia como corcovas.

Así ocurre con los hijos de Martín Fierro. El mayor cae en prisión; el juez debía investigar el asesinato de un vecino para descubrir el autor del crimen, pero la investigación se hizo de modo tal que desde un principio se encarceló a todos los vecinos de la víctima, entre ellos al hijo de Fierro. Por ello estuvo en prisión sin proceso, como un condenado. No había quien lo defendiera ni exigiera justicia en su nombre. Estuvo así preso hasta que perdió la noción del tiempo, atormentado física y espiritualmente. Si “el mate no se permite, ni le permiten hablar; no le permiten cantar para aliviar su dolor, y hasta el terrible rigor de no dejarlo fumar”.

¿Cómo se puede pensar en comer, beber y dormir al menos como un simple esclavo?

El hijo menor está en libertad, pero su suerte es de lo más deplorable. El taimado Vizcacha, que fue nombrado por el juez su tutor, lo hace dormir a la intemperie pero a cambio lo satura de agudos refranes, consejos y jocosos sermones que abrevó en su vida de beodo. El muchacho huérfano siente curiosidad y miedo a la vez. El anciano le inspira horror y repugnancia, pero también lo atrae con su sentido del humor, sus dichos y chistosa socarronería.

No obstante su tremenda orfandad y desdichada existencia, los hijos se mantienen muy apegados al recuerdo de sus padres. Muchas veces tratan de conocer detalles de su vida y se precian de haber tenido a sus progenitores en prisión. Obviamente, los consideran

inocentes que han sido injustamente perseguidos por gente inicua y poderosa, por los gobernantes. Los comisarios, jueces y comandantes son la imagen de la expoliación a que se ven sometidos el gaucho y su familia. El sufrimiento es su característica genealógica, como lo es de toda la galería de personajes en el *Martín Fierro*.

No cabe duda de que Hernández había leído el libro de Job y se había compenetrado con él y que se hallaba bajo su influencia cuando creó su epopeya sobre el gaucho.

Muchas de las desgracias de Job cayeron también sobre la cabeza de *Martín Fierro*. Muchas de las quejas de Job se oyen en labios de *Martín Fierro*. Muchas de las angustias de Job destilan del ánimo de *Martín Fierro*.

Y del mismo modo que Job no abandona ni por un instante su fe en Dios, ni siquiera en el abismo de la desesperación, tampoco *Martín Fierro* se extravía en ningún momento por los senderos de la blasfemia.

Martín Fierro no era “más encumbrado que todos los hombres”, como lo era Job. Y tampoco era rico, como él. Pero tal vez, en su pobreza, se sentía más satisfecho que Job. Estaba contento con lo que le había tocado en este mundo. Tenía mujer e hijos, igual que Job, y estaba satisfecho de ellos. Pero, lo mismo que aquél, todo lo perdió y quedóse solo.

Pero *Martín Fierro*, como Job, sumido en la angustia, lamentándose de su triste sino, no eleva su ira contra Dios. Naufraga tan sólo en amargos interrogantes. Job pregunta consternado: “¿Por qué viven los malvados y envejecen, y aún crecen en riquezas?”¹ No puede entender: “Enigmas son para mí, y no sé nada”.² ¿Cómo es esto?: “Dios me ha entregado en manos del malhechor y en manos de malvados me arroja”.³ ¿Por qué? Si era un hombre probo y nunca le hizo mal a nadie. ¿Por qué entonces le sobrevino una desgracia tras otra, una mayor que la otra? Y para peor, ¿por qué tuvo la triste

suerte de quedar con vida y ver todas esas calamidades? Mas Job no dice que ellos es una injusticia cometida por Dios. Sólo dice: “Enigmas son para mí, y no sé nada”.

En el mismo espíritu vive también Martín Fierro su drama.

En: Rollansky, Samuel. *Martín Fierro, exiliado en su propia patria.*
La Biblia de la literatura argentina, Buenos Aires , 1992
Traducido por Horacio G. Rosenfeld y Luis Karduner
Original en ídish: “*Martín Fierro*” in *goles bai zij in der heim*,
Buenos Aires, IWO, 1985

Desde la mirada de un visitante, como la de H.D. Nomberg,
se identifica con facilidad, más allá de la añoranza propia de todo inmigrante,
la multifacética vida judía de la gran ciudad,
la diversidad de orígenes geográficos y sus particulares costumbres
vinculadas a sus pueblitos o ciudades de origen,
su diversidad de convicciones ideológicas o de tareas que los ocupan.
También se puede reconocer cuánto se han ido impregnando
de la porteñidad que Buenos Aires les imprime,
y cuánto ya de una vivencia judeo-argentina.

Añoran en Buenos Aires

H. D. Nomberg

Hasta la guerra ¹ los judíos vivían en Buenos Aires como de paso, y en el fondo de sus corazones llevaban escondida una esperanza: en cualquier momento van a cambiar las cosas, algo va a suceder y vamos a volver a casa.

Vivían entretanto, entretanto se casaban y entretanto casaban a sus hijos. Se enriquecían, las tiendas se ampliaban, se mataban trabajando en un *taller* o simplemente se morían de tuberculosis. Las cabezas encanecían, pero esperaban, y añoraban.

Una añoranza confusa, indefinida, de gente arrojada por la suerte muy lejos de su tierra, bajo un cielo extraño y extrañas estrellas. El cielo puede ser tan profundamente azul y las estrellas pueden ser tan brillantes como lo son aquí en Argentina, pero algo roe el corazón.

Y resulta difícil hacer las paces con la idea de que esto es. Que aquí van a quedarse; que aquí van a apurar los años de vida que les quedan.

Porque por lo general a la Argentina llegó el inmigrante arrojado por alguna correntada. De los primeros inmigrantes muy raramente llegó alguno por su propia voluntad, por su propia decisión. O llegó integrando la primera ola migratoria promovida por el Barón Hirsch, o escapando de los pogroms, o por no alcanzarle el dinero para un pasaje a Nueva York, o embaucado por el agente de alguna agencia naviera. Casi cada uno tenía detrás de sí una historia.

La comunidad judía toda es aún joven, fresca, gringa. Usted puede reconocer todavía en la gente las diferentes olas inmigratorias: la del Barón Hirsch de fines de los años 80; la oleada de 1905 y la última, de vísperas de la guerra. Es como cuando se excava la tierra y en lugar de una masa uniforme se notan estratos, uno sobre el otro, sin mezclar.

En el estrato más bajo, en el fondo mismo, están los “tmeim”².

Nadie sabe cuándo ni cómo hallaron el camino hasta aquí.

Y si hablamos de añoranza, el que más añora es el judío polaco, porque ser judío polaco en la Argentina es una suerte de suplicio. Los lituanos e incluso los besarabianos miran al judío polaco con desprecio. Tuercen la nariz y hacen un gesto de desagrado al decir: “¿Ese? Es un polaco”. ¿Será porque una gran parte de los tratantes de blancas proviene de Polonia, y se incluye a los inocentes en los pecados de los culpables?

Aquí cumple un rol importante el hecho de que el lituano es alguien que conoce los textos sagrados y alardea con eso, mientras que el polaco es visto como alguien afecto a los placeres mundanos, alguien a quien le encanta una comida entre amigos con ganso asado y vinito, bailar un sher en un casamiento, echarse a cantar un poco y palmear al otro en la espalda.

A los lituanos, el presenciar una escena de frivolidad polaca como esta, les tensa de enojo más todavía los músculos del rostro; su sentido de la dignidad y el decoro no lo soporta.

“Es un polaco”, mascullan.

Por añadidura, ese judío polaco tiene debilidad por su antiguo hogar. Nadie está tan ligado como él al arroyuelo y al bosquecito hogareños, a la intimidad de la naturaleza del viejo terruño.

Durante mi estada en Buenos Aires me persiguió hasta dar conmigo un judío de Volomín, un muy pequeño villorrio ubicado cerca de Varsovia. Hace veinte años que vive en la Argentina, y ¡por Dios! quería que le dijese si estaba todavía allí aquel bosquecito cerca del que vivía, unos pocos centenares de árboles bordeando la vía férrea.

—Ese bosquecito --le dije— fue talado por los alemanes durante la ocupación.

—¡Malditos sean! --exclamó furioso. Él creía que los alemanes eran buena gente y nunca pensó que serían capaces de hacer algo así.

Y otro judío, que había tenido en Varsovia una cocina comunitaria para necesitados, y que vive desde hace unos quince años en la Argentina, donde no le fue nada mal, trata de demostrarme que este no es un país. Es que en el viejo hogar cuando cocinaban dos libras de pescado perfumaban toda la calle. Aquí cocinan toneladas enteras pero el pescado no tiene gusto; a la fruta le falta aroma y la carne no tiene sabor. Allí, usted se acuerda, el novillo estofado se deshacía en la boca...

Lo cierto es que ese hombre envejeció, se le embotó el olfato y perdió sensibilidad gustativa, cosa que no toma en cuenta. Es que vivió de paso y no percibió cuándo la vejez le cayó encima.

Pero cuando llegó la guerra¹ el mundo se escindió. El viejo hogar quedó dado vuelta y la esperanza de volver se evaporó, de modo que una voz interior le repitió en el corazón a cada uno las palabras del viejo profeta: “Constrúyanse casas, planten viñedos.”

Y comenzaron a asentarse.

La Buenos Aires judía, como ya señalé, tiene una hermosa vida popular, con alguna debilidad juvenil, pero simpática. Dos diarios, semanarios, un teatro ídish, muchas bibliotecas, organizaciones obreras, sociedades y asociaciones, religiosas, populares y políticas.

La gente común tiene aquí mejor nivel que los primeros judíos que llegaron a los Estados Unidos. La primera inmigración a Nueva York y Chicago no habían tenido tras de sí en el viejo hogar una generación de movimientos obreros, de literatura judía y de periodismo ídish.

El inmigrante a la Argentina proviene de una generación posterior. En su país de origen ya recibieron cierta educación, pertenecían a alguna organización política o estaban asociados a alguna biblioteca. En el curso de esta generación la masa judía creció culturalmente. Y eso se siente mucho en el tono, en el carácter de la vida popular, en su gusto, pese a que todo es aquí pobre en comparación con Nueva York.

Pero las organizaciones profesionales al igual que las culturales del país no tienen el ritmo vivaz, el enérgico impulso que la raza anglo-sajona trasplantó a los Estados Unidos y con que contagió a los inmigrantes de las demás naciones.

En vez de whisky aquí se toma café; en lugar de baseball aquí se juega a la *lotería* o a las carreras de caballos y se pierden fortunas. La manía jugadora es aquí una desgracia que arruina la economía popular. Los centavos ahorrados que van en otros países

a cajas de ahorro, aquí se gastan en un billete de *lotería*. La *lotería* juega casi todos los días y centenares de miles esperan sacarse la *grande*. Pasan hambre y dejan que pasen hambre la mujer y los hijos, y juegan. La manía apostadora es un mal más grave que las bebidas alcohólicas.

Para el hombre de Buenos Aires la *plaza* es un buen hogar. El firmamento hace de techo. La vida se despliega en las calles, en los cafés; a casa se vuelve para dormir o para protegerse de lluvias torrenciales, cuando el cielo tropical se descontrola y se echa a arrojar agua a baldazos.

De eso sufre mucho la vida familiar, porque raramente tiene la gente aquí una casa bien organizada. Y los judíos, se entiende, deben de sentirlo más que otros.

Los españoles trajeron consigo su modo de construir. Desde la entrada usted ingresa a una caja cuadrada, por lo general de un solo piso de altura. Es el patio rodeado de cuatro paredes, arriba está abierto y el piso es de piedras. Aquí se reúnen todos y pasan el día entero, porque las habitaciones son pequeñas, estrechas, la mayoría sin luz natural, sin ventanas, y sólo delgados tabiques separan un cuarto del otro. En un patio así viven seis-siete familias y todas las puertas dan a ese patio. Cada uno está bajo la mirada de todos, y lo que cada uno cocina está en la nariz de los demás... Por momentos se aman, por momentos se pelean. Aquí se crían los niños, todo a la vista de todos.

No es como entre nosotros donde la persona está envuelta en una atmósfera de intimidad. Entonces los hombres suelen pasarla en la calle, corren a tomar un cafecito, van a una asamblea, y las mujeres permanecen en la casa.

Porque la costumbre del país da a la mujer poca libertad. Una señora joven, y ni que hablar una señorita, no debe ir sola por la

calle. Pasear con un muchacho es comprometedor, y una dama no debe mostrarse en un café.

Y el cielo es aquí de un azul tan profundo, y soplan brisas cálidas, el aire excita y aquí la gente madura antes. Las muchachas judías crecen aquí hermosas y bien formadas, tostadas por el sol y de mirada más vehemente.

Entonces usted ve encantadoras muchachas de cabello renegrido, de ojos ardientes, pero... con ojeras.

Cuando cae la noche, cede el calor, y asoman por puertas y ventanas, rostros tristes, nostálgicos, de mujeres jóvenes, y usted podría pensar que está en algún lugar de oriente, en Turquía tal vez o en Persia.

Y cuando se acerca un joven, él se queda parado en las escaleras, en el corredor o ante la ventana, y ella sigue tras los barrotes de hierro de la ventana, y así conversan.

Conversan larga, íntimamente.

Como para los miles de inmigrantes que llegaron
a la Argentina, también para los inmigrantes judíos
la esperanza de lograr una vida mejor
significó dejar atrás el hogar, la familia y el entorno.
La dura realidad de la venta callejera, de los talleres de costura
o de las fábricas, hacían de ese deseo una meta lejana.
En los primeros tramos de la vida económica de los inmigrantes judíos
en las ciudades, esa era su realidad diaria, su lucha obrera,
su sacrificio cotidiano, una realidad que intentaba ser paliada
mediante la creación de bibliotecas, centros culturales,
sellos editoriales, ámbitos teatrales y publicación de periódicos y revistas.

América...

Jaime Goldzac

Berl Zaid salió acalorado, sudoroso, del taller de sastrería y disfrutó el vientito que lo envolvía, que le refrescaba la cara pegajosa de transpiración. Aspiró profundamente una bocanada de aire, hasta atragantarse y echarse a toser, sintiendo que un asfixiante nudo subía y bajaba por su garganta venosa, tensa, a punto de estallar:

–¡Que se vaya al diablo! Mira qué taller; igual que en Polonia hace cincuenta años. ¡Qué abandono! ¡Qué estrechez! Como para morir ahogado.

El fétido olor a encierro, a baño turco de los suburbios, que imperaba en la estrecha sala –donde trabajaban ocho personas inclinadas sobre las máquinas de coser, sumado a un planchador que producía vapor con tres planchas, – se le pegaba al cuerpo, a la ropa, y se resistía a abandonarlo incluso en la calle.

Los faldones del sobretodo se le enredaban al caminar, volaban a sus costados, como si echaran algo hacia atrás, como si quisieran apartar de sí la gris rutina, que llevaba cosida con las densas puntadas de la máquina de coser, junto con la agonía de sus ambiciones y nostalgias.

Cuando estuvo cerca de su casa apuró el paso. Entró en su cuarto y encendió la lámpara. Junto con la luz golpeó su rostro un olor a rancio. Pegadas a las paredes se veían dos angostas camas de hierro, deshechas, revueltas, como si acabasen de sacar de allí a un muerto. De las descascaradas paredes brotaba tristeza. El amarillento cielorraso exhalaba moho y telarañas.

Berl se arrojó vestido sobre la cama, se estiró cuan largo era y obtuvo una sensación de ligereza, como si su cansado cuerpo se hubiese liberado de una agobiante masa. Pero su cabeza se hundía en la almohada como si fuese de plomo, como si fuese imposible volver a moverla del lugar.

* * * *

Hacia cuatro años ya que Berl Zaid se había sumergido en el estrépito de la gran ciudad. Sus fantasías de muchacho habían quedado deshechas por la grisura de una vida marcada por la procura del sustento. Sus sueños se entretejían con las telarañas que colgaban por los rincones y que se extendían por el mohoso cielorraso, lejos, inalcanzables.

Lo único que lo mantenía era el delgado hilo que lo ataba a su ayer en aquel viejo hogar, del que se dejó ir hacia el gran mundo. Ante su mirada nublada vio dibujarse de pronto la feria circular de su pueblo, repleta de carros llegados de todas partes. Berl se veía con su padre dando vueltas por entre los carros. Miraban en las bolsas, regateaban, y ya se llevaban algunas bolsas con cereales. La casa estaba llena de bolsas de avena, de trigo. El piso estaba cubierto de granos de cereal. Su madre, atareada en la cocina, levantaba los ojos al cielo y rogaba al Bendito Nombre que hubiese sustento para el sábado...

—¡Oy! —recorre un temblor el cuerpo de Berl. Trata de apartar de sí lo que lo tortura... Pero lo asalta una fuerte inquietud, una penetrante nostalgia por su madre, por su hermana, por ese pue-

blito con la feria circular... Sus ojos se humedecen al recorrer su cuarto. ¡Qué soledad!

Berl toma el libro que tiene sobre su mesita, entrecierra los ojos y lee en voz alta varias veces lo mismo:

“Tal vez desde hace mucho el balance divino
haya hecho pedazos nuestras cuentas humanas.”¹

Pero la gente sigue calculando por su propia cuenta, sin incluir en el balance las cuentas divinas. Y él, Berl, hace mucho ya que se apartó de sí mismo sin llegar a ninguna parte, porque sus cuentas, como sucede con muchos, no concuerdan.

* * * *

Como de costumbre, Iosl llegó sin aliento, apoyó las *valijas* en el suelo, e inmediatamente comenzó a contar las maravillas del día. Que había vendido tanto y tanto; ganado tanto y tanto. Hablaba mirando de costado con sus ojos rojizos, engarzados en un rostro ennegrecido, reseco, de labios azules, curtidos por el viento, que él humedecía a cada rato con la lengua.

Tenía un billete de lotería y estaba convencido de que se ganaría la grande porque soñó con agua...

Berl lo miraba directamente a los ojos, con una sonrisa burlona en la mirada. En el fondo su vecino le daba lástima.

–Nunca vas a hacerte gente –le dice Iosl de pronto, serio y con algo de reproche en la voz. – ¡Sólo libros y más libros! ¡Podés volverte loco todavía!

Berl no le contesta pero una sonrisa ilumina sus ojos. Se levanta, toma su sobretodo y sale del cuarto en silencio.

Afuera hace frío. Una fina lluviecita salpica y picotea su rostro. Comienza a correr por la calle, la cabeza arrebujada en el cuello levantado del abrigo. No tiene un lugar determinado adonde ir, de

modo que sus pies lo llevan directamente al “Bar León” de la calle Corrientes.

La caldeada atmósfera del café, impregnada de humo de cigarrillo, lo envuelve con una sensación familiar. Mira a su alrededor y se pasea por entre las mesas sin dar con ningún rostro conocido.

Las mesas estaban ocupadas por jugadores de dominó, los habitués del café con quienes, salvo el saludo, Berl no solía intercambiar dos palabras seguidas. Sentados a otras mesas estaban los jugadores de dados, de a cuatro, cinco por grupo, sacudiendo nerviosos en altos vasos de cuero, esos huesitos cúbicos con puntitos negros, mezclándolos y arrojándolos sobre la mesa. A cada momento en alguna mesa golpeaban un cubilete boca abajo, mezclando los dados. Así un golpe respondía a otro, como el canto de un gallo contesta al de su vecino en la madrugada.

Berl andaba por entre las mesas como un extraño, como si cayese allí por primera vez, tan ajena le resultaba la excitación de los jugadores, concentrados con alma y vida en su juego. Observaba los rostros acalorados, las bocas que aspiraban gruesos cigarros. De entre la nube de humo se veía asomar una masa de cabezas. Con cabello, sin cabello. Todo se movía y zumbaba como en un avispero.

De pronto Berl descubrió, sentado en un rincón, a Shimen. Estaba tomando un cafecito y mirándolo sonriente con sus brillantes ojos negros:

–Siéntate, Berl –lo tironeó de la manga y enseguida golpeó las manos llamando: –¡Mozo! –y a Berl: –¿Qué tomas, un cafecito o un *cortado*? –Y de nuevo al mozo: –Otro cafecito, *por favor*.

–¿Qué te pasa, Berl? –lo miró Shimen indagador. – Veo que no estás bien... ¡Andas dando vueltas como un fantasma!

Y antes que Berl alcanzase a abrir la boca, se le adelantó Shimen:

–Pero, te pido algo, sin filosofía. A mí hablame como una persona práctica, concretamente. Todas las divagaciones te las regalo.

A Berl le dolieron estas palabras:

–Las divagaciones no te gustan, pero ¿estar sentado en el “Bar León” matando el tiempo, malgastando los días con el dominó o con los dados es mejor?

–Mejor que tus libros, no. Pero es mejor que las carreras de caballos, el fútbol o la ruleta. No te olvides, hermanito –dijo Shimen con el tono de un profesor dando cátedra– que en esto consiste América. Aquí no corren más esas viejas historias de los círculos literarios, teatrales o corales. Todas esas cosas aquí no valen nada. América no cree en eso ni le interesa. Aquí hay que tener la cabeza hueca. Si vas a llenártela con libros, con Marx, con Bakunin, con Plejanov, nadie más va a tomarte en serio. ¡Estás en América, pedazo de tonto! Yo ya hace mucho que me deshice de todo eso; lo tiré en la buhardilla como pedazos rotos de libros viejos...

Cada vez que Shimen lo golpeaba con la palabra “América”, Berl sentía como si le diese con un palo por la cabeza.

–¿Qué culpa tiene América de que toda esta gente desperdicie su tiempo libre en juegos estúpidos de los que al final sólo les queda, como única ganancia, un buen dolor de cabeza? Mira esas caras –señaló Berl con la mano. – ¿Qué te dicen?

–¡No seas tonto, Berl! ¡Caras, shmaras! ¿Hacen dinero? ¡Todo lo demás no importa! ¡No vas a cambiarlos!

–¡Tomá! –golpea un puño una mesa.

En una mesa vecina, con ojos desorbitados, grita otro al compañero sentado frente a él:

–¡Desgraciado! ¡Piensa bien antes de jugar!

Un bromista, parado al lado, observa a los dos jugadores excitados, se sonríe y se echa a tararear una melodía burlona.

Shimen sigue hablando, golpeando a Berl con palabras irritantes, que lo sacan de las casillas. Con qué facilidad puede una persona hacer las paces con la decadencia, integrarse a un círculo totalmente desprovisto de contenido, que se pervierte y se encamina hacia el abismo. Berl ya no escucha lo que Shimen le dice. Ni una palabra le llega ya. En medio del barullo y del griterío Berl permanece sentado, los ojos cerrados, sintiendo como todo el mundo se va barranca abajo, se hunde... Y alrededor todo hierve y se agita como un húmedo montón de gusanos...

–¡Ufa! –se aterra Berl. Los ojos de Shimen lo devoran, burlones. Berl se levanta violentamente de la mesa, y sus pies trastabillan como los de un caballo maneado en medio del campo. Marcha vacilante como si alguno le obstruyese todo el tiempo el camino. A duras penas se abre paso entre las atestadas mesitas y sale afuera.

La lluvia se había vuelto más intensa; torrentes de agua caen sobre él y empapan los árboles del borde de la vereda. Berl se echa a correr. El retumbar de sus pasos se mezcla con el sonoro golpear de la lluvia. El vocerío del café lo sigue todavía. La lluvia lo empapa hasta los huesos, le azota el rostro como con latigazos, pero a él no le importa: “¡Te mereces los latigazos, Berl!”

Silbidos nasales, ronquidos y un sofocante olor a transpiración golpean a Berl en la cara. Su mirada se detiene en la cama donde duerme Iosl.

–¡Qué tranquilo duerme! –piensa con pena y envidia, observando a su compañero de cuarto... Con un profundo suspiro comienza a desvestirse. En la densa oscuridad relampaguean dos ojos penetrantes que lo atraviesan, y en sus oídos resuenan una palabras:

–¡Estás en América, pedazo de tonto!

Berl siente que lo consume la fiebre. “¿Qué hacer? ¿A dónde ir? ¿Dónde encontrar una pizca de contenido?” Siente que la vida pasa por sobre él como una sierra embotada, partiéndolo, destrozándolo.

“No exijo cuentas a Dios por las lágrimas;
aún ha de pertenecerme un mundo renovado.”

Versos leídos hace tiempo ascienden a sus labios y él los susurra como una plegaria. La pegajosa oscuridad se le hace más densa todavía. Tendido sobre su cama de soltero, las cuentas deshechas, con lágrimas ardientes, Berl se queda pensativo:

–No, América no es esto.

*En: Goldzac, Jaime. Ale viln lebn (Todos quieren vivir),
Buenos Aires, Ed. Ilustrirte Literárishe Bleter, 1960
Inédito en castellano. Traducido por Eliahu Toker.*

Singular importancia tuvo para los inmigrantes contar con algunos datos acerca de otros viajeros que los habían precedido en el tiempo. Recibir su ayuda, su consejo y su apoyo concreto eran sinónimos de tranquilidad y posibilidades más favorables. Desde los primeros años de la presencia de judíos en la Argentina, se crearon una cantidad de organizaciones que, ya sea por afinidad de origen geográfico, ideología política o actividad económica, se ocuparon de estas necesidades.

Un domicilio

Avigdor Shpritzer

Leizer subió al tranvía con una maleta en la mano y se dejó caer sentándose a todo lo ancho en un asiento para dos. La ventanilla estaba abierta. El aire que entraba era fresco, suave, como tras un soleado día de primavera. Leizer asomó la cabeza por la ventanilla para comprobar si se veía aún el barco, el agua. Aspiró profundamente el aire fresco, volvió a meter la cabeza y se enderezó, contento de estar ya en Buenos Aires. De aquí, de Argentina, ya no va a moverse. El conductor se le acercó por el boleto. Leizer hurgó en su bolsillo y mientras tanto musitó:

–Lavalle...

–¿A qué altura?

–¿Ah...? Al dos mil.

Había llegado con bolsillos vacíos y sin un domicilio, pero cuando el conductor le preguntó dónde dejarlo, su boca declaró: “Al dos mil”. Allí ya encontraría algún lugar donde ubicarse, o va a seguir andando o va a retroceder.

Ya en el viejo hogar sabía que en la Argentina existen colonias judías. En Brasil, donde había vivido un tiempo, había escuchado que en Buenos Aires viven muchos judíos y que Lavalle es una calle judía...

–Aquí... –le indicó el conductor con la mano que baje–. Una cuadra para aquel lado está Lavalle.

Leizer tomó la maleta, bajó del tranvía y se quedó parado como caído del cielo.

¿Adónde ir? Caía la noche. Largas sombras comenzaban a tenderse unas sobre otras. Las casas, los edificios, con ojos apagados comenzaron a apartar de él la mirada, enojados, ajenos. Si tuviese al menos dónde dejar su maleta ya le resultaría más fácil andar de aquí para allá.

Un fuerte olor a arenque, cebolla, pimienta, llegó a su nariz. Una sensación agradable lo envolvió y se echó a andar.

“Boser Kosher” ¹ le hizo como un guiño un cartel. Se detuvo por un momento y luego siguió caminando.

–¿A quién anda buscando, joven? –lo detuvo una muchacha parada ante la puerta.

–A quien pueda encontrar...

–¡Pero usted no es un gringo!

–No acertó. Soy gringo, verde como el pasto.

–¿Cómo es eso? ¿Acaso ahora vienen barcos de allá?

En pocas palabras él le contó que ahora venía de Brasil. Que de Polonia había salido antes de la guerra, hace unos tres años, a comienzos de 1914.

–Recorrí medio mundo y llegué sin un mísero centavo --dijo un poco avergonzado.

–Lo único fácil sin dinero es arrojarse al mar --comentó con dolida.

A primera vista la muchacha le pareció una de esas. Después, conversando con ella se sintió un poco confundido. Pensó en dejar allí la maleta, pero observando mejor la casa se dio cuenta de que su primera impresión no lo había engañado.

Ya no le quedaron ganas de sentarse un poco, de modo que siguió con su equipaje en la mano mirando hacia la puerta.

–Voy a darle la oportunidad de ganarse sus primeros pesos --le dijo ella.-- –Escríbame una carta para mi madre. ¿Usted sabe escribir?

Escribir sabe, pero ahora está agotado y ahora tiene que apurarse a encontrar a alguien... Él va a venir a escribirle la carta, le prometió, y gratis, sin cobrarle un centavo.

Ella ya no intentó retenerlo más, pero cuando estaba por la puerta lo acompañó.

–No se olvide el número de esta casa... No sea tonto.

Salió como escaldado de ese encuentro. Se echó a andar rápido, como si supiese adónde iba.

“Ídisher almacén”, almacén judío, las letras hebreas del letrero resplandecieron ante él. Se quedó allí y observó que por una puerta salían juntos varios hombres.

Era una pequeña sinagoga y los judíos salían tras las plegarias vespertinas. Leizer ya no encontró a nadie; sólo un joven desarrapado andaba por allí, bostezando.

–Sholem aleijem. ² ¿De dónde viene un judío?

–De... Brasil.

–Y qué, ¿en Brasil no hay judíos?

Leizer no le respondió, preguntándole en cambio si podía dejar allí su maleta, y tal vez incluso pasar allí la noche.

–¿Y que voy a tener de eso...? ¿Usted es de Polonia? Venga, voy a llevarlo a la sociedad de los judíos polacos.

Leizer se aferró a esa idea con las dos manos. A lo largo del camino el joven iba arrancándole palabras. ¿Por qué viene de Brasil aquí? ¿Por qué se fue de Polonia? ¿Es un hombre casado?

Que dejó en el viejo hogar una mujer con dos criaturas, le sonsacó a duras penas. Sus desgracias lo echaron de Polonia. No mató a nadie.

–¡Aquí es! –le indicó el joven con la mano.– Entre, y dése maña.

Adentro había uno dando vueltas muy inquieto, muy nervioso, y hablaba consigo mismo:

–¡Es imposible conseguir que vengan a horario! ¡Es imposible conseguirlo de ellos!

De pronto descubrió la presencia de Leizer con su equipaje en la mano.

–¿Un polaco?

–De al lado de Varsovia.

Leizer le dijo de inmediato que no tiene dónde pasar la noche, que no tiene a nadie aquí.

El otro le dijo que la comisión está por llegar, que ya debería estar, que está atrasada. Entretanto tomó un papel y le preguntó cómo se llamaba.

–Leizer Bergner.

–¿Cuánto tiempo en el país?

–Desde la tarde.

Y el hombre comenzó a repetir que cómo era posible, si ahora no llegan barcos de Polonia. Y él respondió que ahora venía de Brasil. Que de Polonia salió todavía antes de que estallara la guerra, hace tres años, a comienzos de 1914. Que dejó allí una mujer y dos hijos; que sus desgracias lo echaron del viejo hogar; que no mató a nadie; que quiere trabajar; que está dispuesto, a sus treinta años, a aprender un oficio.

–Se ve, se nota –lo interrumpió el otro, prometiéndole llevarlo de la mano.

Leizer le preguntó si puede dar entretanto la dirección de la sociedad.

–Por supuesto.

El otro quiso darle ánimos y le dijo que se rumorea que hoy, mañana, termina la guerra y que va a poder traer a su mujer y sus hijos.

Recién ahora soltó Leizer su maleta y se sentó allí a una mesa. Sobre la mesa había un diario ídish, y en el diario se contaba acerca de una biblioteca, de una asociación.

–¡Es así entonces! –respiró hondo Leizer. Está realmente en una comunidad judía.

Volvió a leer las mismas palabras. Las letras judías comenzaron a bailar antes sus ojos. Las letras judías se volvieron rostros judíos. Rostros familiares. Su mujer, sus criaturas. Haciendo los bultos para el viaje. Para venir a él. Ya están aquí. Él los recibe en su nuevo hogar.

Algunos autores idish argentinos rescatan en sus textos
vivas imágenes de zonas ya desaparecidas de Buenos Aires.
En el relato que sigue alienta la imagen fantasmal
del pasado de un barrio, Villa Crespo,
poblado por inmigrantes judíos, al igual que otros barrios
cuyo carácter tiene bastante que ver con su presencia.

A orillas del Maldonado

(fragmento)

Naum (Nahón) Milleritsky

Amplia y tumultuosa es la avenida Juan B. Justo, bajo la cual yace enterrado el arroyo Maldonado. Desde la madrugada y hasta muy tarde en la noche se hamacan ruidosamente coches sobre el asfalto por el medio de la avenida. A ambos lados de la calle, por las partes empedradas con adoquines de granito, chirrían y crujen sin cesar las chatas.

En medio de ese barullo infernal usted puede captar a veces el sonido de una canción en idish o de una melodía litúrgica. Usted mira a su alrededor. ¿De dónde vendrá ese canto melancólico y entrañable? Y usted descubre un viejo y destartado faetón, un carro cubierto, roto y descolorido que arrastra con sus últimas fuerzas una vieja, demacrada yegua. Sentado en el pescante está el cochero que entona esas melodías litúrgicas. Es un viejo cochero muy conocido que se entretiene cantando mientras conduce. Carga en su carro telas cortadas que le entregan los grandes comercios de confecciones de Canning. Él las reparte entre costureras y sastres que ruidosamente hacen andar sus maquinillas de coser un día sí y el otro también, en las callecitas de los alrededores de esa avenida que desde hace décadas sirve de tapa al arroyo Maldonado.

A sus orillas viví durante varios años, en mis tiempos de estudiante. El Maldonado era en aquel entonces un amplio canal que se extendía desde Liniers hasta el Río de la Plata, atravesando diferentes barrios de la ciudad. En el barrio conocido en esos años como “Parroquia de San Bernardo” (después llamado Villa Crespo) las callecitas se cortaban de pronto por el borde del Maldonado. Al otro lado del arroyo se extendía el campo, cubierto de matorrales salvajes que debían datar de tiempos del génesis todavía. Allí, de entre malezas y arbolitos torcidos, aparecían cada madrugada harapientos linyeras llegados vaya uno a saber de dónde.

En tiempos de sequía, cuando el cielo ardía, el lecho del Maldonado estaba seco. En su pared oriental se veían grandes, oscuras, bocas circulares. En cuanto comenzaba a llover esas bocas se volvían inmundas fuentes de aguas servidas que en un abrir y cerrar de ojos llenaban el canal. El agua, hecha correntada hacia el Río de la Plata, levantaba un fuerte ruido que se extendía por ambas orillas. En noches de tormenta, cuando cruzaban el cielo rayos de fuego y los estampidos de los truenos rodaban sobre el Buenos Aires sumergido en el sueño, alguna gente loca, cansada de la vida, encontraba su liberación en la correntada del Maldonado. Sus cuerpos casi nunca llegaban a las amarillas aguas del Plata. Se los solía encontrar tiempo después atascados entre las columnas bajo el puente de la línea ferroviaria de Buenos Aires al Pacífico.

En aquellos días de enero sufrí de pronto un mal febril que me tuvo atado a la cama allí en mi solitario cuartito, a media cuadra del Maldonado. Mis “médicos” eran compañeros del mismo quinto año de medicina que yo estaba cursando. Ellos solían reunirse cada noche en mi cuarto a discutir acerca de mi enfermedad. Yo no dejaba que llamasen a un médico de verdad. Me entregaba a mis inexpertos colegas y confiaba en mi capacidad de resistencia física.

Cuando me quedaba a solas, solían aparecérseme, tanto de día como de noche, visitas del otro mundo. Gente del viejo hogar que

estaba muerta ya hacía mucho, o héroes de historias y novelas que yo había leído, comenzaban a desfilar ante mis ojos. En mi afebrado estado yo no sabía distinguir entre día y noche ni entre sueño y realidad. Dos pesadas bolsas de hielo oprimían todo el tiempo mi cabeza y mi vientre. La dueña de la pensión solía traerme puntualmente los únicos remedios que tomaba.

--¿Qué va a ser de ti? --me insistió el duodécimo día.-- ¿Cómo puede uno confiarse en esos bribones, estando tan enfermo? Si tienes más de cuarenta grados de fiebre --gritaba observando el termómetro.-- ¡No, esto no puede seguir así! Mañana mismo voy a llamar a la Asistencia y que te lleven al hospital. Hoy tus compañeros no van a venir siquiera... Llovió muchísimo y el acceso al barrio está inundado.

Yo permanecía acostado sin decir palabra y con un fortísimo dolor de cabeza. La dueña daba vueltas por mi cuartito entre los fantasmas que giraban a mi alrededor en una ronda salvaje.

Cayó la noche y las horas se arrastraban muy lentamente. El calor en la pequeña habitación era terrible. De pronto me asaltó el deseo de dejar la cama y dejarme ir hacia donde mi cabeza me llevase. Antes de darme cuenta, y sin saber cómo pude hacerlo, ya estaba yo apoyado en la baranda a orillas del Maldonado.

Una noche silenciosa, densa, oscura, yacía tendida alrededor del arroyo cuando llegué hasta él. No se veía una estrella en el cielo ni el mínimo resplandor de alguna ventana. Sólo el cuadrante iluminado del reloj de la Iglesia de San Bernardo, como un gigante ojo tuerto miraba la oscura noche desde lejos.

Los encargados de encender los faroles de gas del barrio, que solían salir a cumplir su tarea al caer la tarde, no habían alcanzado a hacerlo a raíz de la tormenta y de la lluvia torrencial que había caído ese anochecer. De tanto en tanto se podía distinguir a

lo lejos el paso veloz de una suerte de serpiente de luz que aparecía y desaparecía corriendo, dejando oír un triste, nostálgico, silbido. Era el tren nocturno que corría pegado al muro del cementerio de la Chacarita.

El aire estaba empapado de una caliente, sofocante humedad, como la que suele reinar en el estival enero de Buenos Aires, cuando las recalentadas calles son lavadas al atardecer por una lluvia. Yo comencé a llenar mis pulmones con un refrescante vientito que venía del campo trayendo un olor a vegetación húmeda. Y el ojo podía captar un sinfín de puntitos luminosos moviéndose en el aire como chispas que cayesen del cielo. Para mí, que hasta entonces había vivido siempre en un medio urbano, donde no se ven luciérnagas, esto me resultaba un extraordinario fenómeno de la naturaleza.

Desde abajo, a mis pies, se elevaba el sordo rumor del agua como si fuese un extraño murmullo de miles de almas vagabundas. Con aliento contenido aguzaba todos mis sentidos para captar cada uno de los sonidos que brotaban del Maldonado.

Desde los primeros años de la presencia judía en el país,
el teatro idish en la Argentina convocó masivamente
a espectadores, actores profesionales y amateurs,
locales y del exterior, a los escenarios de importantes teatros
de Buenos Aires y de ciudades, pueblos y colonias agrícolas
de todo el país.

Especial atractivo producían las presencias de
reconocidos actores y actrices de nivel internacional
que incluían a Buenos Aires en sus giras artísticas.

Postergaron el terremoto

Sh. Freilaj

Cuando el gran astro Harry Gueltmajer llegó a Buenos Aires, el primer día mismo comenzaron a aparecer en su hotel todo tipo de escritores y escritorzuelos que consideraban su deber acercarse a saludar a esa notable visita y hacerse conocer por él.

Harry estaba muy ocupado; se encontraba abriendo sus valijas y todavía tenía que conversar con su empresario acerca de muchas cosas, pero siendo un buen hombre de negocios sabía que a un escritor no hay que dejarlo esperando tras la puerta, de modo que ordenó dejarlos entrar.

El primero en llegar fue un literato muy joven que se proponía escribir un drama de tres actos y medio. Se le presentó con aires de importancia y dijo:

–Yo soy Jaime Trunker.

Harry oía ese nombre por primera vez y no sabía siquiera qué es lo que ese joven escribía. Pero conociendo bien las debilidades de los escritores, con tono melodramático exclamó:

–¡Oh! ¿Jaime Trunker? Me alegra muchísimo conocerlo. En América se habla mucho de usted...

El escritor, que como todos sus colegas era un poco ingenuo en esto, se sintió muy halagado y respondió suspirando:

–Sí, en América se habla de mí mucho más que en Argentina...

Y acto seguido el joven comenzó a volcar su corazón ante Harry, pero éste lo interrumpió muy delicadamente.

–Excuse me, mister. Hoy estoy muy atareado; venga mañana que tengo mucho que hablar con usted...

Harry quiso volver a sus valijas, pero enseguida vino otro escritor y se presentó:

–Yo soy Pelte Boimklots –dijo con un gesto de uno que quiere impresionar a alguien.

–¡Boimklots! --gritó eufórico Harry. –Me encanta muchísimo conocerlo. Escuché mucho acerca de usted en Nueva York. Con Niguer, el gran crítico literario, hablamos de usted...

Se entiende que tampoco ese nombre, Boimklots, lo había escuchado Harry nunca, pero sabiendo la debilidad que los escritores tienen por Niguer, también a este joven le sirvió su ración y luego se lo sacó rápidamente de encima.

Harry no había alcanzado a cerrar la puerta todavía, cuando apareció sobre el umbral un tercer visitante.

–Yo soy Nahum Kneplberg, soy el crítico teatral de...

Escuchar “crítico teatral” y volverse mucho más amable fue todo uno. Aparentó alegrarse muchísimo con él, lo invitó a sentarse y hasta lo agasajó con un cigarro.

–¡Así! ¡Entonces usted es ese Kneplberg! Mi amigo, el poeta Léivik tiene un altísimo concepto de usted, y mi colega, el escritor Opatoshu, me pidió especialmente que le hiciera llegar sus más cálidos saludos...

Ese crítico teatral tal vez se hubiese quedado un poco más, pero los cálidos saludos de Opatoshu y el altísimo concepto de Léivik no

lo dejaban quedarse sentado. Se despidió rápidamente y se fue a la calle Corrientes a difundir las buenas nuevas.

Después fueron viniendo muchos otros escritores con nombres extraños, desconocidos. Todos le estrechaban cálidamente la mano al astro y le decían que era un gran honor tenerlo en Buenos Aires.

El astro se sonreía por dentro, convidaba a cada uno con un cigarrito y a cada uno le aseguraba que toda América hablaba de él.

Con esta táctica Harry puso de su lado a todos los escritores, que ya veían en él a un gran artista y andaban por los cafés contándose a todos.

–Este Harry Gueltmajer va a sorprender a Buenos Aires.

–¿Cómo sabés? ¿Ya lo viste actuar?

–No, pero ya se nota...

La noche de la première Corrientes estaba hecha un lío: los negocios cerraron antes, los comerciantes corrieron a sus casas donde cenaron a las apuradas y se fueron al teatro.

Esa noche reinaba la confusión en la redacción del “Velt Kurier”. El crítico teatral, el editorialista, el columnista, el reportero, el corrector, el linotipista, todos hacían esa noche su tarea corriendo, transpirando, apurándose para terminar su trabajo cuánto antes.

Tampoco podían quedarse tranquilos en sus sillas los redactores encargados día a día de la seca información. Querían llegar al menos al segundo acto, de modo que dejaron afuera tres, cuatro incendios, se tragaron un terremoto, arrojaron al cesto de los papeles una catástrofe ferroviaria e incluso ignoraron una revolución, con tal de alcanzar a ver el último acto de la première.

La efervescencia ante el teatro era inenarrable. El foyer estaba lleno de gente y ante la boletería había una larga fila de hombres

y mujeres que agitaban en el aire billetes de cinco pesos rogando literalmente que les vendan entradas.

Harry no fue una gran sorpresa para la gente. El público permanecía sentado tranquilo y frío, pero en cambio los escritores calentaban la sala; aplaudían y gritaban:

-¡Harry!

-¡Gueltmajer!

-¡Bravo!

-¡Bis!

A la salida del teatro se arrastraron detrás del actor una docena de escritores, quienes lo metieron en un café y le improvisaron un banquete con discursos, brindis y elogios.

Harry se sonreía por dentro y a cada uno le decía en voz baja:

-Traígame sus piezas teatrales, las alaban mucho.

-Usted --le dijo al cronista de policiales--, con el brillante estilo y humor que tiene, debería escribir una comedia.

Harry se acercaba de manera especial a los críticos teatrales y a cada uno de ellos le susurraba en secreto:

-Me devora la curiosidad por ver qué es lo que usted va a escribir. Las demás críticas no me interesan...

-Usted sabe, una palabra suya la lee el mundo entero --le decía a otro al oído.

Esa suerte de banquete se extendió hasta la madrugada, y cuando los escritores volvieron a sus casas, tomaron aspirinas y se sentaron ahí nomás a escribir sus críticas.

Al día siguiente el "Velt Kurier" estaba abarrotado de críticas y notas acerca de la premiére de anoche; además de los redactores internos también trajeron sus reseñas y comentarios colaboradores

externos, poetas, prosistas, políticos, humoristas, y todos pidieron que sus notas fuesen publicadas tal cual.

El redactor se sintió en un aprieto.

–¡Para qué quiero tantas reseñas! --gritaba.

–¿Qué daño hacen?

El redactor comenzó a leer algunas líneas y levantó los hombros.

–Pero, mi amigo, esto no pega con nada.

El colaborador se perdió un poco, la sangre se le subió a la cara, y dijo:

–Le voy a decir la verdad; él prometió montar mi pieza y me pidió que escribiese algunas palabras...

Importantes honorarios no recibían los colaboradores, de modo que el redactor les hizo el favor. Tachó alguna línea aquí y allá, y entregó las reseñas a la imprenta.

Al día siguiente todos los diarios aparecieron con dos páginas repletas de críticas en las que se cantaban las mayores loas al gran actor Harry Geltmajer.

A los demás actores de la compañía, a quienes los periodistas suelen alabar personalmente durante todo el año, nadie los mencionó ni con una palabra. Se podría creer que toda la obra fue interpretada por una sola persona, por Gueltmajer.

Pero con los actores todavía se podía llegar a un arreglo; ellos no corrían a las publicaciones a quejarse. El problema eran los lectores que ese mismo día vinieron a las redacciones a protestar.

–¡Qué es este barullo! ¿Llegó el Mesías?

–¿Dónde está el terremoto?

–Hubo algo así como una revolución en México, ¿dónde la metieron?

–Nos escamotearon una enorme inundación. Todos los diarios argentinos cubren la noticia y ustedes, nada...

El redactor se sintió algo incómodo y probó escabullirse con un chiste.

–¡Está bien! Les debemos un terremoto...

–Nosotros queremos leer las noticias, enterarnos de lo que pasa en el mundo, y ustedes llenan todo el diario con teatro.

A todo esto Harry Gueltmajer estaba extraordinariamente contento de la gran publicidad. Compró de a cincuenta ejemplares de cada publicación y los despachó a todos los rincones de Nueva York.

–Fijense --les escribía a sus amigos-- mi actuación impresionó tanto en la Argentina, que por mí retrasaron una revolución, postergaron un terremoto y casi tiraron al canasto de desperdicios una tremenda catástrofe ferroviaria.

Por eso Harry estaba muy bien dispuesto hacia los escritores y literalmente los apremiaba:

–Tráiganme, chicos, sus piezas teatrales; es una lástima perder el tiempo.

Y Harry les insistió tanto que le trajesen sus obras, que muchos dejaron sus trabajos y se sentaron días enteros a escribir obras teatrales.

Harry recibía todas las piezas con una sonrisa y las iba poniendo sobre la mesa.

–Todo va a andar bien; ya lo van a ver...

Harry no leyó las obras, pero las opiniones que daba de ellas eran extraordinarias, y sólo lamentaba que no pudiese llevarlas a escena.

–¿Por qué?

–No hay escenarios apropiados, ni escenografías ni actores. Además, para montar una obra como esta hay que invertir veinte mil dólares.

Esto último constituía para los autores un gran consuelo.

–Saben --se jactaban-- ¡en mi obra hay que invertir veinte mil dólares! Harry Gueltmajer me lo dijo...

Y los escritores envolvían cuidadosamente su obra y la guardaban en un lugar seguro.

–Casi nada; ¡una pieza de veinte mil dólares...!

La “calle judía”, ese entramado virtual que bullía en el corazón de algunos de los barrios judíos más populosos, como Once y Villa Crespo, por el que circulaban acaloradas discusiones o conmovidos comentarios, se nutría de la información que emanaba de las diversas publicaciones judías, la gran mayoría de ellas en ídish.

Los autores de estas noticias, crónicas o cuentos eran periodistas y escritores que en una mezcla de intenso compromiso ideológico y necesidad de sustento económico, dedicaban casi toda su vida a esta misión.

A. L. Schussheim

(fragmento)

Boruj Haguer

Como por arte de transmigración despertó de pronto ante mí la imagen de Arn Leib Schussheim, totalmente viva, y rodeándolo, su ámbito. Su amplia casa en el vecindario judío de Buenos Aires, con sus altas, largas, salvajes habitaciones y una multitud de visitas. Gente cercana e invitados de afuera, una mezcolanza, se encuentran allí, en Peisej para la cena ritual, en Rosheshone, en Simjes Toire, o simplemente en un día cualquiera para despojarse por unas horas de la prosaica rutina, con devoto espíritu festivo. Así un año y el siguiente también. Alegre algarabía, gente trenzada en cada rincón, bullicio como de una colmena.

Y él, Schussheim, la cabeza inclinada hacia un costado o gacha, la frente nublada con arrugas, se desliza en silencio de un corrillo al otro, ajeno, como si no estuviese en su casa, como si estuviese lejos, andando.

* * * *

Realmente Schussheim está siempre lejos, andando. Todo un caminado día, hasta pasada la medianoche, en el “Café Comercial”, en “Di Ídishe Tsaitung”, en el sótano de su partido, el Poalei Tzion.

Y de vuelta al diario y al “Comercial”. Y si aparece de noche alguna fiesta con baile y canto, ¿se la va a perder? ¡Él, el siempre joven...!

Algo lo empuja. Bajo el agua callada bulle una impetuosa corriente.

Ese hombre silencioso, del que apenas se oyen sus pasos, con su pesado rostro pensativo, que mide con avaricia sus palabras, lleva hondamente dentro, royéndolo, una nostalgia: no logró lo que soñaba...

Sueños que alguna vez tejió en sus años juveniles, no se concretaron. Los crepúsculos que oscuramente llenaban el joven corazón de anhelos, lo colmaban de deseos y añoranzas, no amanecieron. El sueño no se hizo realidad.

* * * *

Se me aparece nuestro último diálogo, el último encuentro que tuvimos, dos días antes de que se fuera de este mundo.

Lo encontré por la noche en “Di Ídishe Tsaitung”, y en cuanto me vio vino hacia mí como si ya me hubiese estado esperando, como si ya hubiese estado esperando con inquietud nuestro encuentro.

--“¡Vamos a tomar un café!”

Algo recuerdo, yo no estaba con muchas ganas, cansado, me esperaba todavía un largo viaje hasta mi casa, afuera lloviznaba, pero él se empeñó y no había manera de negarse. Entonces salimos, nos detuvimos en un café, y en cuanto nos sentamos ante una mesita, de inmediato comenzó a hablar. La cara se le encendió y ardía como afiebrada. Él hablaba y entreveraba un relato con el otro. Eso sonaba tanto a una confesión como a una fantásica novela de aventuras.

Me cuenta de sus vivencias, de singulares encuentros, arriesgadas aventuras, fracasos, éxitos, discusiones con amigos, sobre todo

en el viejo hogar. Luchas a brazo partido, toda su vida, entre dos mundos: aquel de la vieja tradición, que él abandonó, y éste, que él vive ahora. Dos mundos entre los que no hay manera de hacer las paces. Imposible reconciliarlos e imposible volverse atrás. Entonces vive con un hueco, una fractura, que durante toda su vida no puede llenar, suturar.

Cuántas veces dejó ya su oficio, su escritura, y ahora mismo volvería a hacerlo. Pero es un asalariado, un obrero, que escribe día a día lo de ese día, y lo que escribe no vale un grano de pólvora. Y no hay tiempo para madurar una idea, dejarla enfriar. Hay que meter el escrito en el horno, ya mismo.

En otra cosa creía, algo distinto esperaba...

Los caminos de los inmigrantes judíos que llegaron a la Argentina
no terminaron sólo en las calles de Buenos Aires
o en los senderos de las colonias agrícolas;
también se extendieron a otras ciudades o pequeños poblados
a lo largo y a lo ancho del país.
Allí se fueron instalando y creando comunidades judías organizadas
que, en estrecha relación con la sociedad general,
convirtieron en su nuevo hogar.

Un visitante nocturno

Aarón Faierman

Don Simón estaba sentado muy tarde en la noche leyendo un libro en su pequeña tienda, ubicada en un perdido rincón de la ciudad. Devoraba página tras página y cada tanto daba rienda suelta en voz alta a su entusiasmo. Desde el otro cuarto, donde dormía la familia, de a ratos lo llamaba su esposa entre sueños: “¡Simón! ¡Simón! ¡Ya es muy tarde!” y seguía durmiendo sin esperar respuesta.

De pronto a Don Simón le pareció que llamaban a la puerta. Pero sabía que de noche hay que hacerse el desentendido cuando golpean la puerta. Corren malos tiempos, tiempos de guerra. Todo está caro, increíblemente caro; los artículos de la tienda cuestan el doble o el triple y el trabajo vale cada vez menos porque los patrones bajan los sueldos. Ninguna familia puede vivir con un sueldo, e incluso a plena luz del día hay clientes que lo miran como queriendo devorarlo: “¡Todos ustedes tienen siempre una misma excusa para quitarle al pobre su centavo: la guerra..!”

–Mi Dios --solía responder a las clientas-- el mayorista me arranca la piel y ustedes creen que soy yo el que se enriquece. Yo soy apenas un pobre aguatero...

Pero los clientes sólo lo conocían a él e incluso de día era un riesgo estar en la tienda, cuanto más de noche. Hizo, entonces, como si no escuchase los golpes en la puerta y siguió leyendo.

Pero tras el inseguro primer golpe, vino un segundo, y un tercero, y Don Simón pensó: “Tal vez sea un vecino que necesita con urgencia una aspirina”, y se asomó a la sala delantera:

—¿Quién golpea?

Desde afuera le respondió una voz joven, casi infantil:

—Soy yo, Don Simón; y necesito hablar con usted. --Y comenzó a disparar apresuradamente frases entrecortadas desde el otro lado de la puerta, como si temiera que su interlocutor se fuese sin escucharlo.

—Soy de Jujuy... Mi madre, Concepción, me mandó que lo viera... Le ruego que me abra...

Un temblor recorrió el cuerpo de Don Simón mientras abría la puerta. Se acordaba muy bien de Jujuy, y se acordaba muy bien de la gorda cocinera Concepción, y sintió que lo que cruzaba la puerta era la posibilidad de un fenomenal conflicto entre esta visita, él y su familia. Durante un rato permanecieron sentados frente a frente, sin decir palabra, envueltos en el silencio de la noche sólo cortado por los ronquidos de la familia.

El muchacho comenzó en voz baja:

—Durante todo el día estuve dando vueltas alrededor de su tienda, buscando el mejor momento para encontrarlo solo, por eso esperé hasta tan tarde... Mi madre murió hace un mes, y antes de morir me pidió que viajase a verlo, a pedirle... Ella me contó todo...

El joven se sonrojó hasta las orejas sin terminar de decir qué tenía que pedirle ni qué es lo que su madre le había contado. Don Simón hizo un esfuerzo para recuperarse de la inesperada conmoción. Se puso de pie y dirigió a su visitante una cordial sonrisa:

–Bueno, hermano, ante todo preparemos un mate, después vamos a conversar un poco y ver qué se puede hacer.

Y mientras las manos de Don Simón encendían con movimientos automáticos la primus y preparaban el mate, su mente recordaba un pasado no tan lejano.

¡Jujuy, Jujuy, sofocante ciudad norteña! Sus torcidas callejuelas de piedras puntiagudas le freían el cuerpo y lo inflamaban de deseo tropical. Solía pasar días enteros en los cafés, jugando con todo tipo de muchachos a las cartas y ahogando las noches en alcohol; un criollo como cualquier otro. Como ellos había tomado a la cocinera, la gorda Concepción, y vivido con ella.

Convidó al jovencito con un mate amargo, hervido, al estilo jujeño; le hizo un sandwich y se quedó observándolo masticar vorazmente con sus dientes jóvenes y fuertes. Cuando le tocó a Don Simón el tercer mate, el de la calma, comenzó a decir entre sorbo y sorbo:

–Escuchá con atención, hermano, voy a aclararte las cosas. Cuando yo vine al país creí que llegaría lejos, que lo olvidaría todo y me volvería un hombre nuevo. Yo creía que aborrecía mi origen, que odiaba a mi propio pueblo. ¿Cómo puede entender un argentino que se pueda aborrecer al pueblo de uno? Sí, yo odiaba su modo de vida, sus costumbres, y me fui de veras lejos, a Jujuy. Me hice amigo de compadres y copié sus costumbres. Conocí a tu madre, que en paz descansa, y creí que ellos serían mis amigos y ella, mi hogar. Pero pronto me desilusioné. Ellos, mis compañeros, se burlaban de mí a mis espaldas y tu madre... pero para qué seguir; que Dios la tenga en la gloria.

Levantó la mirada hacia el muchacho, que seguía sonrojándose y asentía con la cabeza. Don Simón se acercó a él, le alcanzó otro

mate, lo tomó paternalmente de los hombros y como razonando con un amigo más joven le dijo:

–Comprendeme; vos naciste entonces pero yo no podía saber hijo de quién eras. Yo te llevaba en brazos y buscaba en tu rostro alguna huella mía, de mi raíz milenaria. A veces me parecía que este o aquel rasgo tuyo era el que yo buscaba y me sentía dichoso, pero apenas por un momento. Mis amigos, con sus burlas, despertaban en mí todo tipo de sospechas, hasta que un día decidí irme, volver a los míos. Recién entonces sentí que mi odio había sido una fantasía como todas las fantasías juveniles; que al propio pueblo no hay que odiarlo sino amarlo, como a la propia madre. Y que su modo de vida es otra cuestión, que depende de circunstancias a menudo ajenas al pueblo mismo.

El muchacho dejó caer la cabeza con gesto desesperanzado. De pronto sintió que se esfumaba su única esperanza, depositada en ese hombre a quien su madre lo había enviado; sintió que estaba solo en medio de la enorme ciudad extraña, como perdido en el mar. Don Simón notó la tristeza y desesperación que demudaban el hermoso rostro cetrino del joven criollo, y le dijo:

–No te preocupes, hermano; yo voy a encontrar la manera que tu futuro quede asegurado.

Y cuando el muchacho se tendió sobre el lecho improvisado en la tienda, Don Simón lo arropó paternalmente, indicándole: “A mi familia vamos a decirle que tu padre, Anselmo, --acordate, “Anselmo”-- me hizo muchos favores en Jujuy y por eso te mandó a mí. Los detalles ya voy a inventarlos luego yo mismo.”

El resto de la noche Don Simón y su esposa ya no durmieron. Don Simón se la pasó contándole qué buena persona era el padre del muchacho y cuántos favores le debía; cómo lo alojó en su casa cuando Don Simón estuvo enfermo y sin un centavo, cómo llamó a un curandero, lo atendió y se preocupó por él como sólo lo hace un padre. Ahora vino a Buenos Aires el hijo de 17 años de este hombre,

buscó su domicilio en El Diario Israelita y acudió a él por ayuda, tal como se lo encargó su padre antes de morir. ¿Qué opina ella, Beilke? No se trata de un cualquiera, ¿qué se hace con el joven Juan?

El corazón de Doña Berta se llenó de piedad hacia el joven huérfano, pobre, a solas en la gran ciudad, y respondió maternalmente:

“Esa criatura debería quedarse con nosotros por lo menos hasta que se case y forme su propio hogar, pero tenemos una hija de su misma edad, y no es bueno que compartan la misma casa. Por lo tanto mi consejo es que le pidamos a Don Isaac que lo tome en su fábrica, que le enseñe el oficio y lo aloje en el cuartito que tiene allí arriba. Entonces algo va a ganar y el resto, qué remedio nos queda, vamos a dárselo nosotros hasta que aprenda bien el oficio y se gane lo suyo. Y que todos los domingos los pase con nosotros, como un hijo.”

Es así que los tenderos vecinos solían asombrarse cuando veían que todos los domingos y feriados ese joven criollo de tez oscura era uno más de la familia de Don Simón, y comentaban: “Un ruso como todos los rusos, entonces ¿qué hace un mestizo en su familia?”

En: Toker, Eliahu. (Introducción y selección)
El idish es también Latinoamérica,
Buenos Aires, Ed. Instituto Movilizador
de Fondos Cooperativos, 2003

Original en idish: *Tzvei shtromen (Dos Corrientes)*
Buenos Aires, Ed. Literatn un zhurnalstn farein H. D. Nomberg, 1954
Traducido por Eliahu Toker

La construcción de la identidad judeo-argentina
en las diferentes generaciones se fue nutriendo y formando
en base a componentes vinculados con su
particular vivencia como minoría cultural y religiosa
unida a su estrecha articulación con la sociedad argentina en general.
Momentos de particular desgarró significan la partida de un hijo
en pos del ideal de integrarse a la experiencia israelí,
o el identificarse con el dolor por los hijos desaparecidos dramáticamente,
dolor del que los judíos argentinos también fueron parte.

El llanto de su padre

Jaime Goldzac

Desde hace unos días ese lujoso departamento está como sumido en tristeza. Los pasos de quienes van y vienen por los cuatro pisos y por la cochera suenan más ahogados, más contenidos, como si temiesen molestar a alguno. Los dos dormitorios del piso superior permanecen con las camas deshechas. ¿Quién tiene cabeza para ellas? La sala de visitas está a oscuras, fría y callada. No se escucha sonar la radio y nadie prende el televisor. Todo guarda silencio. Las arañas de cristal, con sus tintineantes caireles pulidos, penden apagadas, como cubiertas por un espeso polvo. Los muebles, que lucen siempre brillantes, lustrosos, ahora parecen descuidados, abandonados.

Don Mauricio –como llaman a Moishe sus conocidos y los empleados de su negocio– permanece sentado en el amplio sillón, con sus pequeños ojos clavados en un punto fijo. Ante ellos comienzan a vibrar millones de puntos coloridos que desplazan las paredes, se atropellan por el espacio, atraviesan ciudades y mares... De pronto se levanta ante él su ciudad natal, aquella de la que se fue, hace veintiséis años, hacia el ancho mundo.

Ahora se ve a sí mismo, de pie ante su padre, furioso, excitado, empecinado, dispuesto a porfiar con el mundo entero.

–¡Yo me voy de aquí! ¡No va a servir de nada lo que digas, papá! ¡No voy a permanecer más en esta Polonia! Aquí me ahogo, ¿entiendes? ¡No soporto más quedarme aquí! ¡Aquí no tengo nada que hacer...! ¡Me voy!

Le costaba mirar a su padre a los ojos, ver cómo palidecía su rostro, cómo permanecía ante su hijo, dolorido, con la cabeza gacha, como si una pena de generaciones cayera sobre sus hombros junto con las ásperas palabras de su hijo.

Moishe estaba arrepentido. No sabía que sus palabras golpearían tan duro a su padre, como si no fuesen palabras sino ardientes latigazos descargados sobre su agobiado cuerpo.

A Mindl, su madre, según su costumbre, enseguida se le llenaron los ojos de lágrimas. Como si no alcanzase con que su marido se deslomara durante toda la semana, arrastrándose por las ferias con sus ollas de barro, cubierto por el polvo de los caminos, volviendo a duras penas vivo a casa para celebrar el sábado. Y he aquí lo único que faltaba para completar, peleas:

–¿Qué sucede contigo, Moishé? –dice a su hijo tendiendo hacia él las dos manos–. Observa a este padre tuyo; mira qué aspecto tiene... Envejecido y con el pelo blanco antes de tiempo... Y tienes que echarle a perder el sábado por añadidura... ¡Cómo no se te cae la cara de vergüenza!

Don Mauricio abre los ojos y mira a su alrededor; palpa los apoyabrazos de terciopelo rojo del sillón y es como si acabase de sentir el suave contacto de la mano de su madre; el murmurar de sus labios, el cálido aliento de su boca rozando su mejilla... Si Flora, su mujer, no hubiese encendido la radio, él hubiese seguido así

vaya uno a saber cuánto tiempo, revolviendo recuerdos de antaño, del viejo hogar.

–¿Qué vas a lograr quedándote allí sentado? ¡Qué ocurrencia! –se plantó Flora delante de él, con las dos manos en la cintura, como previendo que su marido se saldría de las casillas y disponiéndose a la pelea.

Pero Mauricio alzó hacia ella una mirada fatigada y se hundió más aún en su sillón. Por costumbre se introdujo el meñique por el costado de su boca, se lo mordió con fuerza y siguió sentado allí, los ojos entrecerrados, como diciendo: “Esta vez no vas a lograr sacar al lobo del bosque. ¡No quiero saber de nada!”

–¿Qué gimoteas? –comenzó Flora a remover las brasas–. ¿Te crees que con tu silencio vas a conseguir algo?

Permanecer todo el tiempo en casa, observando callar a Mauricio, –se le puede hablar y no responde una palabra, como una pared– la sacaba de quicio. De pronto gritaba a voz en cuello y de pronto, lanzaba chillidos histéricos apenas audibles:

–No va a servirte de nada, Moishe –se mostró Flora más conciliadora al ver que enojándose no conseguiría nada–. Déjate de jugarretas. De todos modos no vas a lograr nada. Henejl tiene a quien parecerse. Si dice que va a viajar, va a viajar. Tiene tu misma testarudez... En un par de semanas se van cuarenta y tantos muchachos y chicas... A *Eretz*¹ ...

La palabra “Eretz” cayó pesadamente sobre él; se dobló como bajo una carga abrumadora. Con ambas manos se tomó del lado izquierdo del pecho:

–Y yo te digo que él no va a viajar –articuló Moishe, con esfuerzo, palabra por palabra–. Conmigo no lo va a conseguir.

Pero aunque golpeaba con su puño el brazo del sillón, se notaba su impotencia, su búsqueda de alguna palabra, de algún plan

concreto que desbaratase la decisión de su hijo. Los ojos de Flora se clavaban ahora en él como dos agujas al rojo vivo. Y en lugar de levantar la voz, como solía hacerlo siempre, ahora comenzó a tartamudear:

–¿Cómo es eso? –temblaba abriendo las manos–. ¿Cómo pudo? ¡Ocultármelo todo! ¡Todo!

–¡Basta de tonterías! ¿Dónde está la diferencia? Sí ocultó; no ocultó. No tenemos que ponerle piedras en el camino; él ya es un muchacho grande, eso es todo –repuso Flora; y levantando la cabeza agregó, no sin orgullo: –Esos muchachos hacen bien, muy bien...

–Dices que hacen bien –se revolvió Moische en su asiento–. Si hacen tan bien, vete con ellos.

–¡Ojalá tuviese dieciocho años; si así fuese, seguro que viajaría!

–¡Ajá! –comprendió de pronto–. Es decir que la madre lo sabía, e incluso se muestra orgullosa de su hijo... Siendo así no tengo nada más que hablar contigo.

Se volvió hasta darle la espalda y siguió sentado con el rostro entre las manos.

–¡Tfu!² –escupió Flora–. ¡Qué hombre tan loco!

Diciéndolo abandonó la oscuridad de ese cuarto dejándolo a solas con sus siniestros pensamientos.

Mauricio durmió mal esa noche. La cama, de pronto, se le hizo demasiado dura. El dormitorio verde y la pantalla rosa sobre el velador encendido se balanceaban ante sus ojos, como un barco sobre aguas tormentosas, hasta naufragar en alguna parte. Volvió a verse en su viejo hogar, la siempre humeante lámpara de nafta colgada de un gancho de la pared; alrededor duermen los varones, sus cuatro hermanitos, dos en la cabecera y dos a los pies de las camas. Más allá, sobre un camastro agregado, duermen las chicas. Ve a su padre de pie, a un costado, la boca cerrada con fuerza, como oculta entre barba y bigote. Sus ojos entornados observan doloridos

a ese hijo mayor suyo que parte esa noche hacia tierras remotas, hacia alguna parte, muy lejos... Su mirada cae sobre la valijita y la pequeña canasta, atadas con gruesas sogas, que ya esperan a que venga Isroel el carrero, las tome bajo el brazo y ¡heida!, al tren...

De pronto el padre se acerca y deja caer su cabeza sobre el hombro de Moishe. Este percibe un gemido y un fuerte temblor que lo desarma totalmente. Su padre llora en él su enorme congoja y también su furia hacia este mundo injusto que arranca a los hijos de brazos de sus padres, de sus madres, sólo por el tonto pedazo de pan.

Moishe se siente perdido ante los sollozos de su padre. Siente que la sangre se le congela en las venas. Su padre levanta la cabeza, con ambas manos lo toma por los hombros y lo mira largamente a los ojos, como a sabiendas que está viendo a su hijo por última vez. Con voz ahogada, como si le costase arrancar de sí cada vocablo, su padre graba en él las siguientes palabras:

–Recuérdalo, hijo mío, me diste tu mano, ¡sé judío...! ¡No avergüences a tus padres...! No pretendo de ti nada más... Sólo que sigas siendo judío.

La cabeza del padre volvió a caer pesadamente sobre el hombro de su hijo y se echó a llorar... A Moishe el llanto de su padre le provocaba rechazo y al mismo tiempo le provocaba una profunda lástima el que le pidiese algo tan ajeno a sus intenciones; pero igual que antaño, al aprender las bendiciones, repitió lo que su padre pedía de él:

–Sí, papá, está bien, voy a seguir siendo judío...

* * * *

Ya hace dos semanas que Mauricio tiene mareos permanentemente. No conduce su auto ni sale a pasear. Una embotada indiferencia se adueñó de él tanto en lo que hace a su negocio como respecto de su casa y de todo lo que sucede a su alrededor. Cuando Flora se acerca a él en seductora, lo máximo que logra es que refunfuñe

para sí algo ininteligible. Su sonrisita torcida, apenas perceptible, da testimonio de que ahora está de acuerdo con lo que sea, mientras se lo deje en paz. Ya no lo discute todo sistemáticamente, como solía ser su costumbre. Siente que en su mujer perdió a una aliada. Fue ella, su mujercita, la que tramó con su hijo la revuelta, y es como si lo hubiesen hecho a sus espaldas, ex profeso en contra de él.

Pero, por naturaleza, no podía seguir demasiado tiempo así, callando. Además hay que pagarle a los empleados de la tienda, llegar a pagarés de los clientes, cartas con pedidos, cheques.

–Veintiséis años forcejeando para lograr una posición en la vida, –discurre consigo mismo–, luchando con uñas y dientes, soportando calores y fríos; hubo tiempos en los que apenas si alcanzaba para el pan, para pagar el alquiler. Y ahora, cuando gracias a Dios ya hay de todo, una casa, un coche, ahora va a pasarme lo de aquella canción; los hijos se van a volar en distintas direcciones, y para quién, entonces, todo este esfuerzo.

–Iankl, el catorceañero, pequeño Jacobo, con su pelo ensortijado, también él vuelve ya de noche tarde de su movimiento, de su ken³. El también habla ya de viajar a “Eretz”... ¿Qué va a ser entonces de esta casa? El hogar va a terminarse... ¡No! –comienza a levantar presión–, mientras yo viva no voy a permitir que eso suceda... De ninguna manera...

Tomada firmemente la decisión, se sentó a almorzar. En el aire pendía la tensión, como siempre antes de una discusión acalorada. El primogénito, Enrique-Henej, –tal como él lo llama, en castellano-ídish, por sus dos nombres–, se parece a su madre, con esos grandes ojos profundamente negros. Pero los cabellos castaños son “suyos”, de Moishe; y su figura, el padre hecho y derecho. El menor no es tan masculino. Delicado, pálido, de andar un tanto pesado, como su madre cuando estaba embarazada. Y también heredó la prepotencia de su mamita. Su mirada penetrante puede agujerear el corazón. Con él, igual que con su madre, mejor no empezar.

Don Mauricio observaba a sus dos hijos y sentía una ola de calor subiéndole por el cuerpo. Su mujer iba de la cocina al comedor, con fuentes llenas de comida, sirviendo a cada uno los sabrosos manjares... “¿Allí también van a tenerlos?” se le ocurrió pensar y ya no pudo tragar bocado. Y cuando Flora le sirvió una porción de pato asado, con zanahorias, rechazó el plato con un gesto.

–¡No voy a comer! ¡No puedo comer!

Todos se quedaron perplejos, como recorridos por una corriente eléctrica. Al pequeño Jacobo le temblaron los finos labios como si tuviese que disculparse por algo de lo que no era culpable; su pálido rostro se volvió más pálido todavía. El corpulento Enrique bajó la cabeza, como disponiéndose a arrastrar una pesada carga, los demandantes ojos clavados en su padre. Y Flora, apretando más su cinturón, lo que subrayaba su esbelta figura, se levantó de la mesa pero volvió a sentarse, como si se tratase de algo ya hablado y que no puede modificarse.

Don Mauricio se dio cuenta que había comenzado demasiado abruptamente y cambió de tono:

–Ven aquí, hijo mayor mío –llamó a su primogénito tocándolo con la mano–. A ti te hablo, Enrique-Henej... Dime, qué estás por hacer sin que yo lo sepa... Al fin y al cabo soy tu padre; quiero escucharlo.

–No estoy por hacer nada. No sé qué quiere *papá* de mí. Viajo a trabajar a Eretz Israel; voy a estar en un kibutz y trabajar, igual que todos.

–¿Qué significa eso de que vas “a trabajar”? ¿Acaso te falta para comer? ¿Qué necesidad tenés de trabajar, de quebrarte la espalda? Vas a crecer, terminar de estudiar, y vas a entrar al negocio, y ser socio en todo por partes iguales. ¿Querés que te compre un coche? No representa para mí ningún esfuerzo. Voy a comprarte un Chevrolet último modelo. Tengo casas, tiendas, dinero; ¿para quién preparé todo eso? Existen gran cantidad de muchachos y chicas pobres, que

no tienen nada; si ellos quieren viajar, sea. Para ellos es lo mismo. Pero tú, vas allí a buscar fortunas...

—¿Qué fortunas? —se revolvió el hijo con impaciencia, como queriendo quitarse de encima las insensatas palabras de su padre. —¿Quién habla de fortunas? Nadie viaja a Eretz Israel a buscar fortunas. Allí se va a trabajar. Viajamos a Eretz porque ese es nuestro ideal. Queremos construir el país judío, para eso viajamos. Ese país necesita de nosotros y tú hablas de fortuna. Nosotros viajamos a luchar, a construir, a crear... Ustedes también hablan de lo mismo en vuestras “sociedades”; que hay que ayudar a construir el Estado, que hay que hacer sacrificios, dar dinero, enviar a los hijos. Bueno, entonces vamos... ¿Qué es lo que está mal?

Enrique se atragantaba con las palabras que se le habían juntado durante todo el tiempo en que no había tenido ante quien descargarlas. Ahora, una vez abiertas las compuertas, ya le resultaba imposible detener las palabras. No le interesaba lastimar a su padre o poner en evidencia la falta de coherencia de quienes predicaban en las tribunas para los hijos de los demás algo que no aceptaban para los propios, sino justificar su conducta, demostrar su conciencia judía, la madurez de su pensar y actuar, como judío y como hombre. Quería demostrar lo que ningún padre, el suyo tampoco, quiere admitir: que los polluelos pueden ser más inteligentes que los gallos; que los hijos pueden pensar y actuar como adultos. Pero su padre seguía viendo en él al niño y juzgando infantiles sus actos, y esto es lo que no soportaba.

La respiración de Don Mauricio se hacía cada vez más pesada, como si alguien oprimiese su cuello cada vez más. Sus ojos expresaban una desvalida resignación. Con ambas manos se frotaba las sienes que le pinchaban como si tuviese agujas clavadas. Se levantó de la mesa y pesadamente, sin una palabra, salió de la habitación como un condenado tras oír su sentencia.

* * * *

Una muchedumbre se había congregado aquel anochecer en el puerto. Todo alrededor de la plataforma se veía atiborrado de gente. El aire estaba repleto de una algazara, de un bullicio y de un vocerío mezclados con sonoros gritos que acompañantes y viajeros se cruzaban de un lado de la barrera al otro, pegado al barco. De pronto un grupo de muchachos y chicas se echó a bailar y a cantar canciones hebreas. Por momentos la danza se fue haciendo más ardiente y vertiginosa; el canto, más alegre y sonoro. Ahora danzaban bajo las lámparas encendidas y bajo la roja luna llena. Aquí y allí titilaban estrellas. Los barcos dejaban oír su bramido largamente y con pena. De improviso comenzaron a escucharse llantos y gimoteos. Padres apretaban a sus hijos contra el pecho. Madres eran arrancadas de brazos de sus hijas sin poder impedirlo. Los afiebrados últimos minutos de despedida antes de la zarpada del barco.

Don Mauricio permanecía como petrificado, como si no terminase de darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Veía, como en sueños, a Flora aferrada a su hijo, peinando con las manos su cabello, recorriendo con dedos convulsos su espalda, su rostro, su cuello, sin dejarlo irse. Alguien la empujó vigorosamente hacia un costado y ella siguió descargando su nostalgia maternal sollozando largamente en sus propias manos abiertas, vacías.

Con el peso de un bloque de madera, se derrumbó Don Mauricio sobre su hijo. Permaneció durante un rato como atontado. Tenía la sensación de que no era él quien apoyaba la cabeza sobre el hombro de su hijo sino que era su padre que sollozaba en él palabras afiebradas, saladas de lágrimas:

—Sé judío... Recuerda lo que te encargo... Sé judío... judío...

¿Quién le arrancó su hijo? A su lado quedó un vacío. No veía nada a su alrededor, como si lo hubiese envuelto toda una espesa niebla. No tenía nada que decir a su hijo. Sólo se echó a sollozar como un chico cuando se acordó de su padre. Recordó que era

desagradable ver llorar a un adulto, sin darse cuenta que estaba llorando el llanto de su padre.

*En: Goldzac, Jaime. Ale viln lebn (Todos quieren vivir),
Buenos Aires, Ilustrirte Literárishe Bleter, 1960
Inédito en castellano. Traducido por Eliahu Toker.*

Pañuelos blancos

Mary Gold

Estuve en Plaza de Mayo
donde vi a las madres y abuelas
de los desaparecidos
y anduve con ellas
frente a la Casa de Gobierno
paso a paso en silencio...
Los pañuelos blancos
que con dolor y ternura
abrazaban las cabezas de las madres
eran como las manos
de sus desaparecidos hijos e hijas.
La plaza estaba
cubierta de palomas
que veían con tristeza
en los pañuelos blancos
palomas hermanas,
y sus temblorosas cabecitas
se echaban a temblar más todavía.

En: Gold, Mary. *Alba*,
Buenos Aires, Ed. Fraie Shtime, 1986.
Traducido por Eliahu Toker. Edición bilingüe.

Datos biográficos de los autores

Aijenrand, Leizer

Nació en 1912 en Polonia. Durante la Segunda Guerra Mundial participó como voluntario integrado al ejército francés. Luego de recorrer diversos países, incluyendo la Argentina, se radicó en Suiza, donde falleció en 1985.

Alpersohn, Marcos

Nació en 1860 en Rusia y llegó a la Argentina en 1891, en el marco de uno de los primeros grupos de colonos organizados por la Jewish Colonization Association.

Fue uno de los fundadores de Colonia Mauricio en las cercanías de Carlos Casares, Provincia de Buenos Aires. Apasionado defensor del ideal de la vuelta judía al trabajo de la tierra, dedicó su vida a la agricultura y con idéntica pasión a publicar en periódicos del exterior y bajo seudónimo, opúsculos críticos acerca de la JCA. Luego, ya con su propio nombre, dio a luz en ídish varios dramas, libros de cuentos, novelas y tres tomos de memorias. El primero de ellos, *Colonia Mauricio, memorias de un colono*, mereció diversas traducciones y una introducción del escritor H.D.Nomberg donde titula a Alpersohn “el Robinson Crusoe judío”. Como escritor es considerado el decano de la literatura ídish argentina

Vivió 43 años en Colonia Mauricio y sus últimos 13 años en Buenos Aires, donde falleció en 1947.

Bendersky, Boruj (Benito)

Nació en 1880, en Besarabia. Llegó a la Argentina en 1891 con sus padres, con quienes se radicó en la Colonia Zonenfeld (San Gregorio) en la Provincia de Entre Ríos.

Empezó a escribir en 1908 en “Di Idishe Hofenung (La Esperanza Israelita)”; después publicó cuentos en “Di Idishe Tzaitung (El Diario Israelita)”, “Di Presse (La Prensa)”, “Di Naie Tzait (El Nuevo Tiempo)”. Fue colaborador del periódico “Der Idisher Kolonist (El Colono Judío)”.

Falleció en 1953, en la Colonia Villa Domínguez, Entre Ríos.

Cociovich, Noé

Nació en 1862, en Polonia. En 1895 llegó a la Argentina y se radicó como colono en Moisés Ville, Provincia de Santa Fe.

Colaboró en la fundación de La Mutua Agrícola, la tercera cooperativa agraria del país.

Por su notable capacidad de liderazgo se le confió en dos oportunidades, 1899 y 1901, la misión de convocar y organizar la llegada de nuevos inmigrantes judíos de Lituania y Rusia. Fue reconocido por su amplia y trascendente trayectoria como dirigente comunitario.

Publicó artículos en diversos medios, en especial sobre la colonización agrícola judía en la Argentina. Falleció en 1936 en Moisés Ville.

Faierman, Aarón

Nació en 1896, en Ucrania. Estudió en escuelas judías de Odesa y cursó estudios generales en una escuela secundaria estatal. Estudió para rabino.

Su primera publicación fue un cuento aparecido en el diario “Folks-tzaitung (El Diario Popular)”, en Varsovia, en 1920.

Llegó a la Argentina en 1922, y comenzó a trabajar como vendedor.

Publicó sus trabajos en “Di Presse (La Prensa)”, “Der Shpigl (El Espejo)”, “Far Grois Un Klein (Para Grandes y Chicos)”. En Córdoba fue redactor del semanario “Kordober Lebn (La vida cordobesa)”

Falleció en Buenos Aires el 23 de agosto de 1975.

Freilaj, Sh.

Nació en 1898, en Polonia. Su apellido verdadero era Gueltman.

Empezó a escribir sobre problemas escolares en 1915. Trabajó como maestro. Entre los años 1918 y 1922 hizo el servicio militar en el ejército polaco y tomó parte de la guerra ruso-polaca.

Colaboró en varias publicaciones en Polonia, Londres y Canadá.

Llegó a la Argentina en 1924, donde activó como dirigente comunitario en el área de la educación.

En 1927 fue corredactor y miembro del Consejo de “Di Presse (La Prensa)”. Escenógrafo y autor de obras teatrales, sus obras lograron mucho éxito en la escena judía local.

Tradujo “Pinocho” de Collodi (Varsovia, 1938).

Desde 1931 también se dedicó a escribir cuentos para niños. Falleció en 1946.

Gold, Mary

Nació en 1914 en Polonia. Su nombre verdadero es Miriam Rozen. Empezó a escribir en polaco en 1930.

Llegó a la Argentina en 1938. Escribió en algunos diarios de Montevideo y Buenos Aires.

Goldzac, Jaime

Nació en 1910 en Polonia. De oficio sastre, en 1930 se radicó en la Argentina.

Publicó su primer cuento en “In Gang (En el Camino)” en 1935. Colaboró en la revista “Ilustrirte literárishe bleter (Hojas Literarias Ilustradas)”.

Guiser, Moische Dovid

Nació en 1893, en Polonia en el seno de una familia proletaria. Vivió algunos años en Varsovia y en otros pueblos polacos. Aprendió a leer y escribir de diarios y carteles.

En la Primera Guerra Mundial fue expulsado a Alemania. Allí trabajó como fundidor de hierro. Su primera poesía apareció en Viena en 1919.

Llegó a la Argentina en 1924, y trabajó como maestro y redactor. Publicó poemas, cuentos y ensayos.

En 1933 viajó a Santiago de Chile, donde falleció en 1952.

Haguer, Boruj

Nació en 1898, en Rumania. Estudió en Viena. Entre 1933 y 1940 vivió en Bucarest y luego en Chernovitz, bajo el régimen soviético.

Durante la Segunda Guerra Mundial estuvo en un campo de trabajos forzados, en Transnistria, y tras su liberación, en 1945, volvió a Bucarest, donde comenzó a publicar sus cuentos. Después vivió en Francia hasta julio de 1952, año en que emigró a la Argentina.

Trabajó en el Departamento de Cultura de AMIA y creó allí el Archivo de Prensa comunitario. Tradujo del alemán textos de Herman Hesse. Publicó sus textos en París, Nueva York y Tel Aviv. Recibió en 1956 el premio Mordejai Stoliar y el Manguer Praiz. Falleció en Buenos Aires en 1985.

Katz, Jevl

Nacido en Lituania en 1902, desembarcó en Argentina en 1930.

Cantautor, suerte de Gardel judío, “Di Idishe Tzaitung (El Diario Israelita)” tituló así su nota necrológica: “*Murió el más alegre de los judíos de la Argentina, el artista más popular y querido de Buenos Aires, Jevl Katz*”.

Había iniciado su carrera artística cuando recién comenzaban a desarrollarse las técnicas de grabación. De ahí que sea muy poco lo que dejó grabado aunque ese poco y la gracia testimonial de sus textos y melodías alcanzaron para dar categoría de leyenda a este cantor popular.

En sus diez años de carrera porteña escribió y musicalizó unas 500 piezas, entre parodias, cuplés, cuadros, sátiras y pequeñas descripciones lírico-musicales de la vida judía en Buenos Aires y de las colonias agrícolas judías. Cantaba en ídish mechando términos porteños y lunfardos, riéndose de y con los gringos y satirizando la vida en la gran ciudad.

Sólo interpretaba sus propias canciones, acompañándose con una enorme variedad de instrumentos musicales, algunos extravagantes, otros de su propia factura. Muchos de esos instrumentos se hallaban expuestos en una vitrina del IWO, en el tercer piso del edificio de AMIA destruido por el atentado de 1994, pero en su mayor parte fueron rescatados de entre los escombros y restaurados. Falleció en 1940 en Buenos Aires.

Milleritsky, Naum (Nahon)

Nació en 1900, en Rusia, llegó a la Argentina en 1911. Trabajó en oficios varios. A los 16 años ingresó en una escuela del estado y cursó su escolaridad en cuatro años. Terminó un curso de piano en el Conservatorio Nacional de “La Prensa”. A los 21 ingresó en la Facultad de Medicina recibiendo de médico.

Debutó en 1929 con un cuento y en 1935 comenzó a escribir sobre la vida en el hospital y su autobiografía. Falleció en Buenos Aires en 1956.

Moshkovich, Abraham

Nació en 1894, en Rumania. Llegó a la Argentina en 1911 y se radicó en la Colonia Carmel, Provincia de Entre Ríos. Después de unos años se estableció en Buenos Aires. Publicó sus poemas en diversos periódicos locales. Falleció en Buenos Aires en 1968.

Nomberg, H. D.

Nació en 1876 en un Polonia. Ensayista y autor de cuentos breves, perteneció al selecto grupo de autores del entorno de I. L. Peretz, el padre de la moderna literatura ídish. Nomberg fue también el alma mater de Tloma-tske 13, la famosa Casa de los Escritores Judíos de Varsovia. Gran viajero, visitó la Argentina en 1922. Falleció en Varsovia en 1927.

Pinchevsky, Moishe

Nació en 1894, en Besarabia. Escribió poesías en hebreo, en “Haprajim (Las Flores)”.

Llegó a la Argentina en 1913 y ejerció como maestro en una colonia judía. Luego vivió en Buenos Aires. Debutó en ídish con un artículo en “Undzer Vort (Nuestra Palabra)”.

Dejó la Argentina en 1921, y en 1926 llegó a la Unión Soviética donde se radicó en su pueblo natal. En 1922 le otorgaron el Primer premio por su poesía “Lid Fun Sojer”. En 1949 fue confinado en un campo de concentración donde falleció en 1955.

Rollansky, Samuel

Nació en 1902, en Polonia. Comenzó a publicar en polaco, en periódicos universitarios en 1920.

Llegó a la Argentina en 1922. Al principio trabajó como obrero textil, y luego como docente. En 1923 publicó en ídish sus primeros cuentos, en “Di Presse (La Prensa)”. En 1924 fue redactor de la revista “Zeglen” de un grupo literario del que fue uno de los creadores.

Desde 1928 fue conferencista y miembro de la redacción de “Di Idishe Tzaitung (El Diario Israelita)”, allí fue crítico de literatura y teatro, y autor - entre 1943 y 1973- de la cotidiana columna “Shtrijn”.

Periodista, orador, ensayista y antólogo, reconocido educador y maestro de la lengua y la literatura ídish en el Seminario de Maestros Hebreos de la AMIA, como conferencista y disertante recorrió comunidades de la Argentina y el exterior.

Fue cofundador y permanente columna vertebral del Instituto Científico Judío IWO de Buenos Aires desde donde publicó, a lo largo de más de un cuarto de siglo, los cien títulos de la colección “*Musterwerk fun der Idisher Literatur (Obras Maestras de la Literatura Ídish)*”.

Recibió numerosos premios locales e internacionales por sus logros

Falleció en Buenos Aires en 1995.

Shpritzer, Victor (Avigdor)

Nació en 1898, en Polonia. Fue movilizado por el ejército austríaco en la guerra de 1916, donde fue herido.

Publicó sus primeros trabajos de poesía y prosa en el hospital, en forma de cartas a su amada.

Llegó a la Argentina en 1926. Se dedicó a la docencia. Publicó cuentos, poemas y poesías para niños. Fue colaborador permanente en “*Di Idische Tzaitung*, (El Diario Israelita)” y “*Di Presse* (La Prensa)”.

Falleció Buenos Aires en 1952.

Notas y glosario

Las palabras que figuran en itálica en los textos aparecían transliteradas del castellano en los originales ídish.

Génesis de Moisés Ville por Noé Cociovich

1. Fiesta de las Cabañas, que los judíos celebran residiendo en cabañas rudimentarias especialmente construidas para esta oportunidad.
2. Kuguel (ídish): Especie de budín que los judíos acostumbran comer en sábado.
3. En *Hatzefirá* del 31 de octubre de 1894, núm. 238, se informa sobre este asunto que: "...Estas 42 familias constituyeron el primer grupo de judíos lituanos de la gobernación de Grodno que la J. C. A. envió a la colonización de Moisés Ville. Con el contingente también viajaron dos maestros primarios de materias judaicas y un matarife ritual judío, a los que la J. C. A. admitió para que llevaran a cabo en Moisés Ville su sagrada tarea. Con el mismo grupo también viajó Harav Mordejai Reuvén Sinay, al que la J. C. A. recibió como guía espiritual de los colonos y a fin de que predicase para ellos cada sábado. Su familia, sin embargo, debía dedicarse a la labranza. El apoderado de la J. C. A., el honorable magnate don Abraham Frumkin, le dio a Sinay, en calidad de obsequio para los colonos, dos rollos de la Torá y un nuevo arca sagrada".

4. Doctor Iarcho: Médico de Colonia Clara llegado a Buenos Aires a fines de la década del 90 del siglo XIX. El doctor Iarcho era idolatrado por los colonos debido a su bondad y espíritu de sacrificio (ver la monografía Miguel Sajarov, de Pinjas Bizberg, Buenos Aires 1940, págs. 29-30, e Historia de la colonización judía en la Argentina, de Israel Fingerman, publicado en entregas en Di Idishe Tzaitung, 1927).
5. Aptitud para el consumo de acuerdo con los preceptos dietéticos judíos.
6. Referencia al Himno Nacional Argentino, en el que se repite tres veces la palabra “libertad”.
7. Sacerdote, en hebreo.

¡La langosta! por Marcos Alpersohn

1. Minien (ídish): diez judíos varones de más de trece años, mínimo necesario para rezar en comunidad, según las normas de la religión judía.
2. Parashá: sección semanal del Pentateuco que se lee los sábados en la sinagoga. En este caso es la sección “Vaishlaj Iaacov” que comienza en Génesis cap. 31, vers.4.

Una melodía celestial por Marcos Alpersohn

1. Jasídico, alusión al movimiento religioso judío del siglo XVIII en Europa Oriental, organizado en grupos de seguidores de distintos rabíes. En general daban mayor importancia a la devoción y al éxtasis religioso que al estudio. Jasid: un seguidor del movimiento (plural: jasidim).
2. Tolner Rebe: David Twerski, renombrado rabí jasídico de la ciudad ucrania de Talnoye.
3. Deuteronomio, cap. 31 vers.1
4. Isaías, cap.6 vers. 3

Mi turné por la provincia por Jevél Katz

1. Jévele: diminutivo de Jevél.

2. Kétzele: diminutivo de Katz, apellido que es anagrama de “cohen tzedek”, es decir “sacerdote justo” en hebreo, pero aquí el autor juega con su significado literal en ídish, lengua en la que katz significa gato y kétzele, gatito.

Basavilbaso por Jevél Katz

1. Kasrílevke: Ciudad judía, creada con humor por la imaginación de Scholem Aleijem, el famoso escritor de lengua ídish, cuya obra más conocida es “Tobías, el lechero” recreada en el cine como “El violinista sobre el tejado”.

Martín Fierro, exiliado en su propia patria por Samuel Rollansky

1. Job, XXI, 7
2. Idem, XLII, 3
3. Idem, XVI, 11

Añoran en Buenos Aires por H. D. Nomberg

1. Se refiere a la Primera Guerra Mundial, de 1914 a 1918.
2. Tmeim, impuros, inmundos, término con que se designaba a los tratantes de blancas.

América... por Jaime Goldzac

1. Fragmento de un poema de Arn Zeitlin, “El fondo”.

Un domicilio por Avigdor Shpritzer

1. Carne faenada según las normas rituales judías.
2. “La paz sea con ustedes”, saludo tradicional judío.

El llanto de su padre por Jaime Goldzac

1. Eretz: Por Eretz Israel la “Tierra de Israel” como llamaban históricamente a Palestina los judíos, sobre todo antes de la constitución del Estado de Israel.
2. Exorcismo, modo de alejar al mal o a la locura.
3. Ken: En hebreo, textualmente “nido”. Así se llamaba en los movimientos sionistas la sede en la que se solían reunir los grupos juveniles.

Bibliografía

- Astro, Alan (ed.), *Yiddish South of the Border; An anthology of Latin American Yiddish Writing*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2003.
- Botoshansky, Jacobo, “Der ershter dor ídishe shraiber in Arguentine” (La primera generación de escritores ídish en Argentina), en *Antologuie fun der ídisher literatur in Arguentine (Antología de la literatura ídish en Argentina)* Redactores: Katz, Pinie; Botoshansky, Jacobo; Suskovich, Salomón; Bresler, Wolf y Mitelberg, Abraham, Buenos Aires, Di Presse, 1944.
- Botoshansky, Jacobo, “Ídishe literatur in Arguentine”, en *Alguemeine Entsiklopedie (Enciclopedia General)*, tomo 5, Idn, New York, Dubnow Fond & Entsiklopedie Komitet, 1957.
- “Der arguenter tsvaig fun der ídisher literatur, forvort” (La rama argentina de la literatura ídish, introducción), en *Antologuie fun der ídisher literatur in Arguentine (Antología de la literatura ídish en Argentina)* Redactores: Katz, Pinie; Botoshansky, Jacobo; Suskovich, Salomón; Bresler, Wolf y Mitelberg, Abraham, Buenos Aires, Di Presse, 1944.
- Katz, Pinie, “Ídishe literatur in Arguentine” (Literatura ídish en la Argentina) en *Gueklíbene Shriftn (Obras Elegidas)*, Buenos Aires, Comité Institucional en la Editorial IKUF, 1947, Tomo VII.

- Mendelsohn, José, “Undzer svive un undzer gueshtalt” (Nuestro ambiente y nuestra imagen), en *Oif di bregn fun Plata, (En las orillas del Plata)*, Buenos Aires, Ed. Ídishe Tzaitung, 1919.
- Senkman, Leonardo, *La identidad judía en la literatura argentina*, Buenos Aires, Pardés, 1983.
- Toker, Eliahu, *El ídish es también Latinoamérica*, Buenos Aires, Ediciones Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, 2003.
- Toker, Eliahu, *El resplandor de la palabra judía, antología de la poesía ídish del siglo XX*, Buenos Aires, Pardés, 1981.
- Weinstein, Ana y Toker Eliahu, *La letra ídish en tierra argentina. Bio-bibliografía de sus autores literarios*, Buenos Aires, AMIA – Milá, 2004.

Acerca de los autores de esta obra

Obra conjunta de Eliahu Toker y Ana E. Weinstein

Investigadores y realizadores de obras y exposiciones socio-históricas acerca de la comunidad judeo-argentina.

Realizaron, entre otros, los libros: *La letra idish en tierra argentina. Bio-bibliografía de sus autores literarios* (2004); “*SEIS MILLONES de veces UNO. El Holocausto*” (1999), “*Trayectoria de una idea. Nueva Sión, 50 años de periodismo judeo-argentino con compromiso*” (1999) y “*Sus nombres y sus rostros. Álbum recordatorio de las víctimas del atentado a la AMIA del 18 de julio de 1994*” (1995).

Curadores de las muestras “*Pasteur 633, Nuestra Casa*” (AMIA, 1999); “*De la destrucción a la reconstrucción, 18 de julio de 1994*” (Biblioteca Nacional, 1997) y de “*Álbum de una Comunidad - Centenario de la Colonización Agrícola Judía en la Argentina*”, (Centro Cultural Recoleta, 1989).

Coautores del CD-Rom “*AMIA, 18 de julio y después*” (1999) y del sitio en internet www.diversidadjudia.org

Arq. Eliahu Toker

Poeta, autor de ocho poemarios. Traductor de poesía del idish reunida en varias antologías, entre ellas “*El resplandor de la palabra judía*” (1981).

Autor de “*El idish es también Latinoamérica*” (2003) y de antologías de escritores judíos argentinos, como “*Un diferente y su diferencia, vida y obra de Carlos M. Grünberg*” (1999) o “*Buenos Aires esquina sábado, Antología de César Tiempo*” (1997).

Autor de varias obras de humor judío, como “*El pueblo elegido y otros chistes judíos*” (2003) con Rudy.

Arquitecto egresado de la Universidad de Buenos Aires.

Lic. Ana E. Weinstein

Socióloga egresada de la Universidad Hebrea de Jerusalem. Investigadora especializada en Sociología de la Comunidad Judía Argentina.

Directora desde 1985 del Centro de Documentación e Información sobre Judaísmo Argentino “Marc Turkow” de AMIA.

Autora de la serie “*Bibliografía temática sobre judaísmo argentino*”, del Centro Marc Turkow, serie que incluye, entre otros títulos, “*El Movimiento obrero judío en la Argentina*” (1987) “*Escritores judeo-argentinos, Biografía 1900-1987*” (2 tomos, 1994), “*Trayectorias musicales judeo argentinas*” (1997).

Directora de la Federación de Comunidades Judías de la Argentina, en AMIA, desde 1995.

